

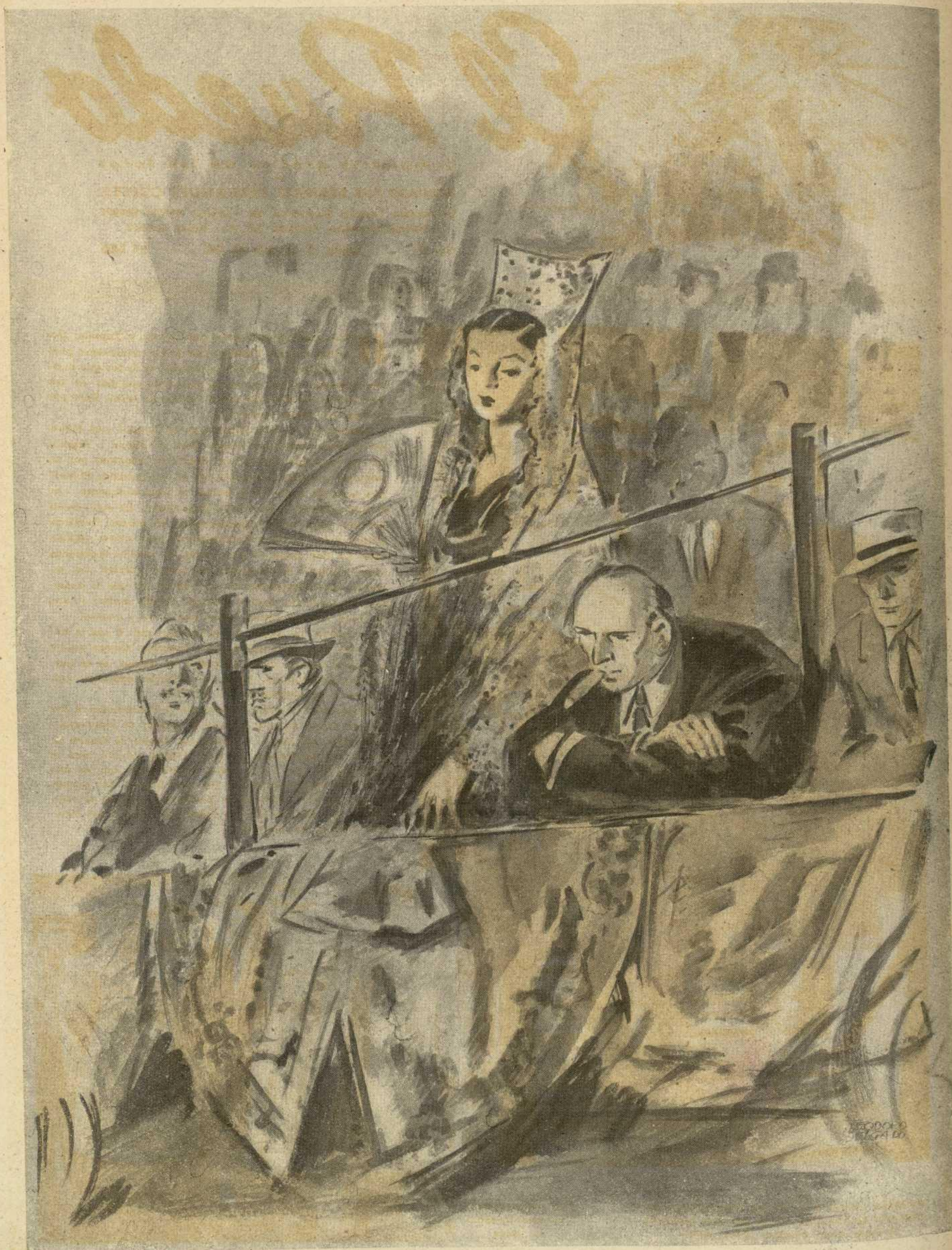
El Ruedo



2
Ptas

JAAVEDRA

SEMANARIO DE LA LECTURA



FEDERICO
ELGUARIDO

Lo mejor de la corrida



El Ruedo

Semanario gráfico de los toros

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Dirección: Fernán González, 28. — Teléfs. 265091-265092

Administración: Alfonso XII, 26. — Telef. 214460

Año IV - Madrid, 3 de abril de 1947 - N.º 145



Domingo Ortega y su esposa descendiendo del «Marqués de Comillas», en el que han realizado el viaje desde América (Fotos Artus)

Los expedicionarios antes de saltar a tierra

OTRA gran figura torera que regresa a España: Domingo Ortega. También fué de los contratados para la campaña de Méjico, y también es de los que vuelven habiendo dejado de torear en varias corridas en las que «estaba escrito» que debía vestirse de luces. Pero por lo visto no estaba escrito...

Maestro en su arte, figura que ha llenado una época en el toreo, Domingo Ortega llega de nuevo a España sin un propósito definido en cuanto se relaciona con su peligrosa profesión. ¿Toreará este año en nuestras Plazas? ¿No toreará? Acaso ni él mismo lo sepa, ni siquiera —es lo más probable— se lo haya preguntado. En estas cosas del toro, ¡hay tantos imponderables! El mismo Domingo Ortega se fué un día voluntariamente para volver. ¡Quién sabe! En éste, como en otros casos, no estorba demasiado tomar ejemplo del mundillo del teatro. ¿Quién no recuerda esas acotaciones de los libretos en que el autor, para preparar los efectos, subraya: (Medio mutis), o, aun de modo más expresivo: (Hace que se va y vuelve).

La noticia, por ahora, no es más que esa. Y con la noticia, las fotografías que dan fe: Domingo Ortega vuelve a España después de su actuación en Méjico, de la que, durante este invierno, hemos ido dejando constancia gráfica en estas páginas de EL RUEDO.

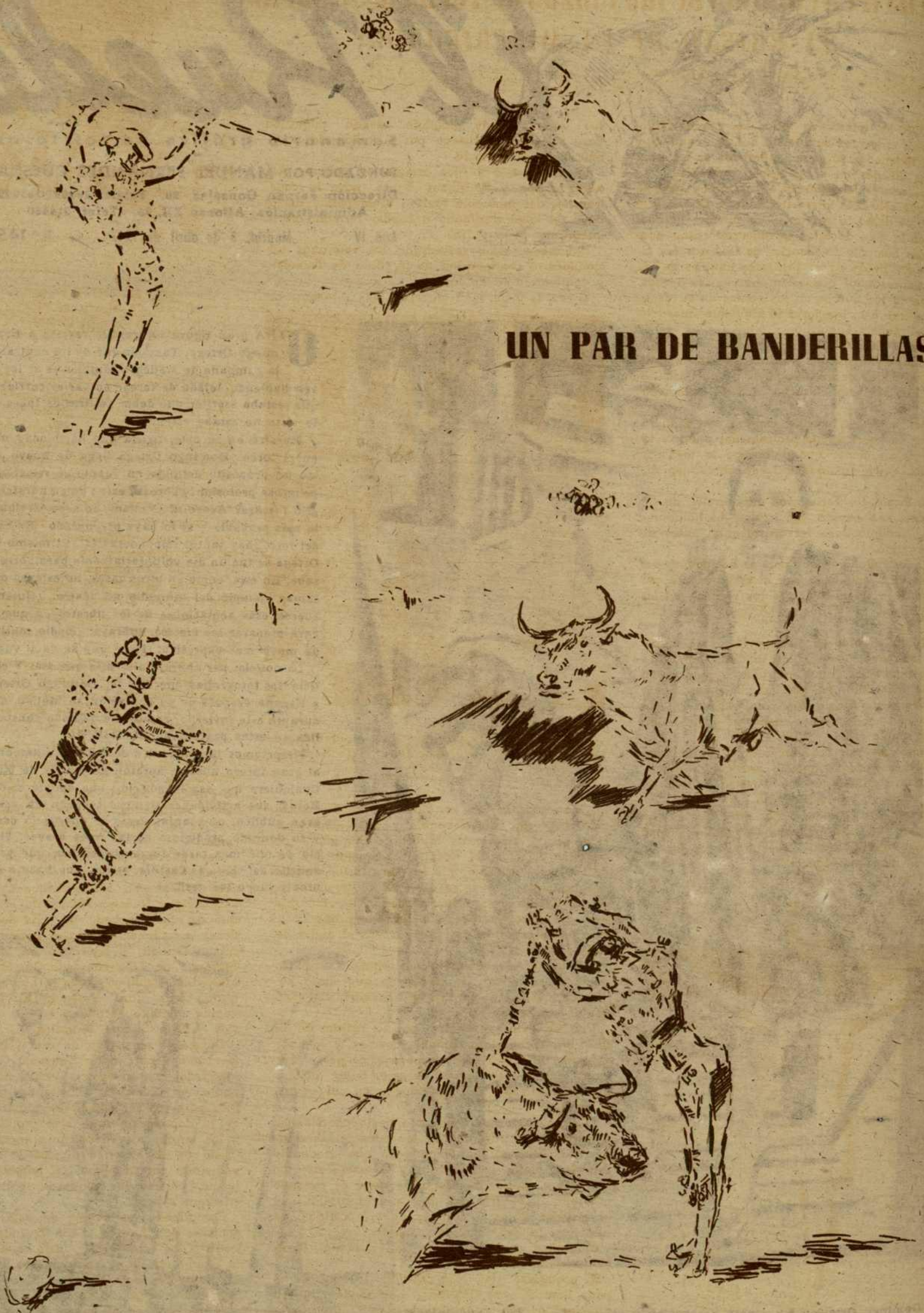
Respetemos también su descanso y limitémonos a dar al gran torero nuestro apretón de manos de bienvenida. Cualquiera que sea la posición que adopte el diestro de Borox, sus actividades siempre tendrán un eco para el gran público, que tantas veces se enardeció con su arte y su dominio prodigioso de las reses bravas. Sin perjuicio de que más tarde fuera combatido; que ya se sabe aquello de: «Esta es Castilla, señor, que hace a sus hombres y luego los deshace...»

C.



AYER Y HOY

Por Antonio Casero



UN PAR DE BANDERILLAS

ANTONIO CASERO

LA RELIGIOSIDAD DE LOS TOREROS

Las tres capillas de las Plazas de Toros de Madrid

EL CRISTO DE LA MISERICORDIA

FUERON los toreros de todas las épocas fervorosos creyentes de nuestra Religión católica, y al Todopoderoso encomendáronse en los momentos más difíciles de su peligrosa profesión.

En los anales taurómacos encontramos sucesos en los que sólo a la intervención de la Divina Providencia se debió la salvación de muchos lidiadores, y en la vida de éstos se registran casos, ocurridos con bastante frecuencia, de tropezar los pitones de las fieras en los preciosos metales de las milagrosas medallas que ostentaban en sus pechos.

Esta fe de los toreros en los santos de su devoción nos trae a la memoria la siguiente anécdota de Rafael Molina, Lagartijo:

Cuando le faltaba poco para llegar a una Plaza, se dió cuenta de que se había dejado olvidadas las medallas de las imágenes de que era devoto, e hizo regresar el coche al hotel para recogerlas.

Con tal motivo la corrida empezó con gran retraso, con la consiguiente protesta del público, ignorante de la causa que determinó la tardanza de Rafael, quien en aquella tarde obtuvo un ruidoso triunfo.

En las Plazas de Toros más importantes de España existe una capilla, por la que los lidiadores desfilan, santiguándose fervorosamente, antes de hacer el paseo.

Uno de los lidiadores que más se destacaron por su religiosidad, interesándose constantemente por la existencia y buen cuidado de las capillas en los circos taurinos, fué Francisco Arjona, Curro Cúchares.

Construída en 1749 la primera Plaza de mamposería que tuvo Madrid, bajo la dirección de los famosos arquitectos don Ventura Rodríguez y don Fernando Moradillo, en las inmediaciones de la actual puerta de Alcalá, fuera del recinto del circo y en una modestísima casita se instaló una pequeña capilla.

Hallábase ésta en tan lamentable estado, que Curro Cúchares, de su peculio particular, la restauró bajo la advocación de Nuestra Señora de los Dolores, de la que era devoto.

Motivo fué este religioso lugar para que el glorioso pintor don José Villegas llevase al lienzo una de sus mejores obras: «La capilla de los toreros en la Plaza de Madrid».

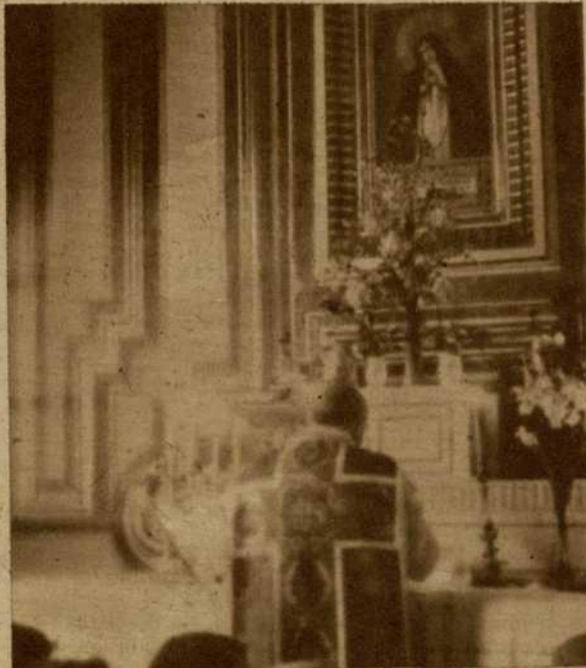
El célebre cuadro, expuesto en Roma y París,

fué unánimemente elogiado, siendo adquirido para su galería artística por el millonario norteamericano Mr. Stward.

En los planos de los arquitectos señores Alvarez Crapa y Rodríguez Ayuso, para la construcción del inmueble taurino últimamente derribado, el local destinado a capilla formaba parte integrante de la Plaza.

Hallábase, como recordarán los veteranos aficionados, a continuación de la «Sala de Toreros», y contigua a la enfermería.

El jueves 3 de septiembre de 1874 —vispera de



Un aspecto de la capilla en la actual Plaza Monumental (Foto Zareo)

la inauguración de la Plaza— fué bendecida ésta, así como dicha capilla y otras dependencias, por el vicario de Madrid, acompañado del capellán colector del Hospital Provincial, don Pedro Yarza y Buitrago, y a las siete de la mañana del siguiente día, 4, se dió por el señor Yarza en la capilla una misa, asistiendo las autoridades, ganaderos y todos los lidiadores que horas más tarde cruzaron por primera vez el anillo del inolvidable coso.

Sin llegar a abandonar su primitivo emplazamiento y estructura, la capilla de que ahora hablamos fué objeto, durante el transcurso del tiempo, de diferentes reformas.

Una de éstas se realizó por la actitud de un diestro muy religioso, Antonio Fuentes, y la anécdota nos fué referida hace pocos días por el hermano del famoso torero, Enrique, quien actualmente desarrolla sus actividades en un céntrico café.

El empresario Pedro Niembro, destacado elemento republicano, desatendía las constantes reclamaciones que se le hacían para que la capilla estuviera mejor conservada, y noticioso de ello el célebre espada sevillano, se negó en redondo a torear en Madrid en tanto que la capilla, que él visitaba antes y después de las corridas, no estuviese lo debidamente atendida.

Magnífica es la existente en la actual Plaza Monumental madrileña.

El arquitecto don José Espelius la situó en el patio llamado «de Caballos», por donde tiene su principal acceso, comunicándose por una puerta con la enfermería, para que en ésta, con la mayor prontitud, puedan recibir los auxilios espirituales los diestros que lo necesiten o lo deseen.

Decorada artísticamente sobre motivos góticos, se venera en ella la imagen de Nuestra Señora



La capilla de toreros, en la Plaza de toros de la Puerta de Alcalá, de Madrid, según el famoso cuadro de Villegas (Foto Zareo)

de la Soledad, conocida por la Virgen de la Paloma, y ante ella se postran los lidiadores en súplica de la protección divina.

Inaugurada la Plaza durante el período de la República marxista, y perseguidos cuantos hacían ostentación de la religión católica, no se celebró en la capilla la ceremonia que en otro caso hubiera tenido lugar, y con el triunfo de las armas nacionales, el culto y la devoción volvieron a tener su asiento en tal lugar, celebrándose con frecuencia actos religiosos, en los que intervienen el cura párroco y los señores sacerdotes de la iglesia de Covadonga.

Trazado este ligero bosquejo de las capillas existentes en las tres Plazas madrileñas, mucho pudiéramos decir sobre los oratorios que en sus moradas tienen instalados muchos matadores de toros.

Recordamos la gratisima impresión que nos causó el magnífico que tenía en su casa de la Alameda de Hércules Joselito, y es digno de ser visitado el que los hermanos Bienvenida poseen en su domicilio de la calle del General Mola.

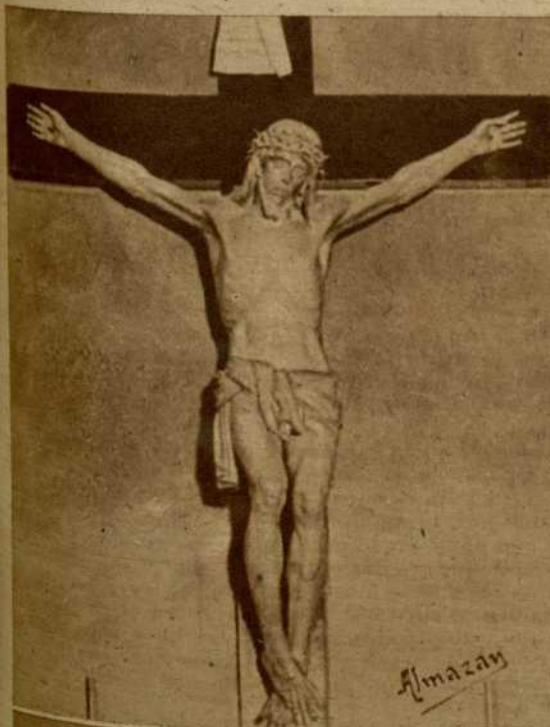
Como en años anteriores, llegados estos momentos, en que la Santa Madre Iglesia rememora la Pasión y Muerte de nuestro Redentor, por las calles madrileñas, seguido por sus devotos, ungidos de fe, vuelve a desfilar el Cristo de los Toreros.

Teniendo por sede la iglesia de Jesús de Medinaceli, hace cuatro años se constituyó en esta capital la Cofradía del Santísimo Cristo de la Misericordia y Nuestra Señora de la Caridad, en la que se han agrupado los más destacados lidiadores castellanos, siendo el hermano mayor Domingo Ortega, y figurando en ella, entre otros, Morenito de Talavera, Luis Gómez, el Estudiante; Maravilla, Domingo, Pepe y Luis Miguel Dominguín; Curro Caro, Valencia III, hermanos Bienvenida, Manolo Escudero, Parrita, Antoñete Iglesias y Luis Suárez, Maqritas.

Débase la existencia de esta Cofradía a la virtuosísima señora doña Consuelo González Torres, viuda del famoso doctor Crespo, pues esta ilustre dama, ya fallecida, solicitando misericordia de Dios para que los españoles pudieran verse libres de la dominación roja, hizo promesa de regalar a los toreros madrileños una imagen tallada del Cristo de la Misericordia, en la que el cincel, manejado por la mano del notable escultor Irurozqui, plasmó los piadosos sentimientos de la cristiana señora.

Cumpliendo los deseos de ésta, sus hijos, los doctores don Andrés y don Enrique, hicieron entrega a los toreros del Cristo, que se venera en la citada iglesia, y rápidamente se congregaron los lidiadores bajo el ánimo de la egregia dama, para dar gracias al Cristo de la Misericordia, que vive perenne en el ánimo de estos caballeros y cristianos toreros, que si bien es cierto hacen alarde de valor ante las fieras, también saben humildemente recoger su alma y acercarla a Dios, demandando su Protección Divina.

DON JUSTO



Cristo de la Cofradía de los Toreros que se venera en la iglesia de Jesús de Medinaceli, en Madrid (Foto Almazán)

El sentido y la edad

HACE algún tiempo, tuve ocasión de pronunciar en público las siguientes palabras: «El toro debe tener su peso y su edad. Es otro tópico lo de que al toro grande no se le puede torear por su sentido. Dicen sentido, como equivalente de experiencia. Y suponen —o afirman— que el toro de cinco años tiene mucha más experiencia —más sentido— que el de tres. Esto sería verdad si al toro le estuviesen toreando todos los días en el campo. Pero como no es así, el toro cincoaños está tan virgen de lidia como el utrero. Y no comprendo cómo puede tener la experiencia —el sentido— de lo que nunca ha visto ni ha practicado, por muchos años que tenga.»

Este párrafo fué acogido por el público con un absoluto silencio, sin el más leve murmullo de asombro o de disconformidad. Pero he sabido, después, que el tal parrafito fué discutido en días sucesivos, y mientras unos se manifestaban de acuerdo con mi opinión, otros se mostraban opuestos a ella, considerándola como una verdadera herejía no sólo taurina, sino hasta fisiológica y psicológica.

No estará de más, pues, que, en legítima defensa, trate de demostrar la verdad de mi afirmación.

No puede compararse al toro con el hombre, como de un modo ligero y hasta temerario hacen mis contradictores. Dicen ellos que el hombre, a medida que avanza en la vida, va adquiriendo conocimientos que le enseñan a defenderse de los peligros que puedan rodearle, y que no cabe duda de que el hombre, por su fuerza y por su experiencia, es más difícil de burlar que el niño.

Aceptada la fea comparación del toro y el hombre, vamos a intentar refutar los argumentos de los que la hacen.

En primer lugar, no hay que aceptar como artículo de fe lo de la inocencia del niño y la mala idea del hombre. El niño —hablo en términos generales— es egoísta y vengativo. El hombre —en términos generales también— es más comprensivo y tolerante. El niño es rencoroso, y el hombre sabe perdonar. Pero no es ésta la cuestión. No hay comparación posible entre un toro y un hombre, en cuanto a su manera de ser. Es preciso entrar la comparación en lo de la experiencia que dan los años. La experiencia es el conocimiento que se adquiere por la repetición de hechos iguales. Un niño ve la llama de una vela, y atraído por el brillo de aquella tan bonito, intenta cogerlo. Y se quema. No se quema otra vez. Cuando vuelve a ver una vela, siente nuevamente el impulso de coger la llama, pero se acuerda de que, al cogerla, duele. Y no la coge. Esa es la experiencia. No hay experiencia sin conocimiento.

El toro, cuando sale a la Plaza, no tiene el menor conocimiento de la lidia. Todo lo que allí ve es completamente nuevo para él. Todas las suertes, desde el primer capotazo de un peón hasta el descabello, son llamas de velas que nunca le han quemado. No puede tener experiencia de aquello que no conoce. Y aunque tenga cinco años, acude con nobleza a quemarse en la llama de la lidia. Si no va con nobleza, será cuestión de carácter, pero no de experiencia. Un utrero puede defenderse y ser de sentido, y un cincoaños puede ser noble y bondadoso. Es decir, que el sentido es equivalente del carácter, pero no de la experiencia, que el toro nunca puede tener.

Es más: lo lógico es que el toro hecho sea más fácil de torear que el becerro, por ser el toro más pesado en sus movimientos, más cachazudo, menos nervioso, menos inquieto y menos ágil, por sus años, por su construcción física y por su peso.

Como a mí me gusta siempre predicar con el ejemplo, ahí van unos cuantos, de los que he sido espectador, y en alguno hasta actor.

En una tiente, actuaba Fernando Domínguez, aquel gran torero vallisoletano que tenía un estilo puro, que toreaba maravillosamente y que no quiso ser una de las primeras figuras del toreo cuando condiciones le sobran para serlo. Le tocó en turno una becerria bravísima y noble, que acudía al engaño incansable, comiéndose el trapo. Ya tentado el animal, Fernando Domínguez cogió la muleta y dió ocho o diez pases magníficos. Pero la vaquilla —joven, con pocas carnes— se revolvió en un palmo de terreno, codiciosa, al amparo de su magra elasticidad. Fernando Domínguez se salió de la becerria y se dirigió, jadeante, al ganadero:

—La vaquilla es bravísima... Pero que no me corresponda, en una Plaza, un toro hijo de ella.

Iba yo a contestarle, cuando se me adelantó el

ganadero, diciéndole lo mismo que yo le iba a decir:

—Pide a Dios que te corresponda un hijo sayo. Porque es de suponer que sea tan bravo y tan noble como su madre; pero, con unos años más y con muchas arrobas más, no podrá revolverse como ella y te dejará colocar y reponer, y le torearás con más tranquilidad, sin apuros y sin jadeos.

Y esto es completamente cierto.

Otra tiente. Galache había comprado a Pagés el ganado que éste adquirió de Curro Molina, que lo había comprado, a su vez, a Urcola. Quiso Galache comprobar y seleccionar por sí mismo lo adquirido, y preparó la retienta de todas las vacas viejas, y me invitó a la operación. No asistió más torero que un novillero gallego —Castrelito—, porque las figuras no gustaban de asistir a las faenas de retienta de vacas mayores y toreadas ya. Y aquellas vacas de Galache, antes Urcola —ganadería ésta poco apetecida por los toreros—, oscilaban entre los cinco y los quince años y lucían, la mayoría, unos largos y reboreados cuernos, ya que habían tenido muchos años para crecer. Pues aquellas vacas viejas, quizá debido a su avanzada edad y, por ello, a sus pocas ganas de juguetos y de movimientos alocados, embistieron con seriedad, con suavidad y con pausa. Yo, que, por afición, me repartí la faena con Castrelito, no he toreado nunca con tanta tranquilidad ni con tanta seguridad como a aquellas vacas, que ni parecían de Urcola ni parecían ya toreadas. Yo estoy seguro de que de becerras habrían sido más nerviosas y menos fáciles.

Manolito Bienvenida, toreo largo y de recursos, nunca se vió tan aperreado como en un festival en la Plaza de Madrid, por un becerro que le cogió varias veces. Manolo Bienvenida, el malogrado torero, sudó para matar a aquel bicharraquillo, y se retiró a la barrera llorando de rabia.

Su hermano Pepe, en cambio, con un toro grande, gordo y viejo, de Pablo Romero, uno de los de más peso lidiados en Madrid del año 39 acá, tuvo un gran éxito, cortando la oreja, después de torearle como quiso. Al toro, serio, noble, de lidia sentada precisamente por sus kilos y por su edad, se le dió la vuelta al ruedo, al arrastrarle, entre una gran ovación.

A fines de la última temporada se lidió en Madrid una corrida grande y vieja de Concha y Sierra, para la confirmación de la alternativa de Belmonteño. La corrida salió de paja, facilona. El sexto toro, inofensivo, tenía seis años, y asustó al público cuando le vió aparecer por la puerta del chiquero, por su corpulencia y por el desarrollo de su cuerna. Pero no tenía ninguna experiencia, a pesar de su tamaño y de su edad.

El último ejemplo es doble, referido al mismo torero. Yo no sé si Pepín Martín Vázquez leerá este artículo. Si lo lee, estoy seguro de que pensará que no miento.

Por casualidad presencié ya los dos casos, tan contrarios.

El día 1 de noviembre de 1944 se celebró en Sevilla un festival homenaje a Rafael el Gallo. En último lugar salió un becerro de Villamarta. Los anteriores, de distintas ganaderías, fueron más que becerros. Tres o cuatro, verdaderos toros. El de Villamarta era el más joven; no creo que hubiese cumplido los tres años. Ni creo que se haya lidiado jamás un bicho más difícil ni de más sentido. Baste decir que el público se negó a que Pepín lo torearase. Cada capotazo de los peones era un susto o una cogida, como consecuencia de la arrancada traicionera del animalito. Cuando tocaron a matar y Pepín salió con la muleta, a la petición del público de que el becerro fuese devuelto a los corrales se unió la decidida actitud de los toreros, que se oponían a que Pepín se pusiese ante su verdadero enemigo. Una de las veces, hubo quien, acercándose por detrás a Pepín, le arrancó violentamente la muleta de las manos y se negó a devolvérsela. El becerro fué al corral, con el beneplácito y la satisfacción de los espectadores. ¡Vaya un becerro con experiencia!

El mismo Pepín se enfrentó con el toro más enmorrillado y más sarío, y probablemente de más peso de los lidiados el año pasado en Madrid. El



Fernando Domínguez



Manolo Bienvenida



Pepe Bienvenida



Pepín Martín Vázquez

toro, que empezó mal, llegó a la muleta bravo, y tan noble, que Pepín alcanzó con él su mayor éxito en el ruedo madrileño.

En resumen: el sentido no tiene nada que ver con la edad ni con el peso. No es experiencia, que el toro no puede alcanzar jamás... Es... manera de ser, carácter. Y puede haber toros grandes y cuajados, nobles y suaves, y toros chicos, y hasta becerros difícilísimos.

La idea de que a los toros grandes no se les puede torear como ahora se torea es una comodidad de los toreros y un espejismo del público. El público sabe que antes, cuando los toros salían con arrobas y con años, no se prodigaban las grandes faenas, y cree que era por eso: por la edad y por el peso. Y no. Era por su estilo. Entonces no se había fabricado aún el toro de carril. Y ahora ve ese público que a casi todos los bichos se les puede torear, y cree que es por sus pocos kilos y por sus pocos años. Y no. Es por su estilo. Porque los han enseñado a embestir.

Seamos sinceros: con toros con edad y con peso no hay peligro mayor de cogidas. Lo que sucede es que, en caso de cogida, el peligro es mayor.

Y ahí está la cosa.

ADOLFO BOLLAIN

Domingo Ortega habla para los lectores de EL RUEDO

"En lo que se refiere al pleito mejicano --dice el diestro de Borox--, yo soy partidario de la más estricta reciprocidad"

"Creo firmemente que Manolete está, y estará en todo momento, con sus compañeros de España"

Aun no sabe Ortega si toreará o no en esta temporada

Domingo Ortega a su llegada a Madrid, procedente de América

CUANDO cualquiera puede pensar que Domingo Ortega, a su regreso de Méjico, anda preocupado en las cosas del toro, entre que si fué o que si vino, si «cómo fué la cosa» y que si Fulano dijo o dejó de decir, uno se lo encuentra, al acudir a saludarlo, dirigiendo un pequeño ejército de albañiles, pintores y ebanistas, que tiene por objetivo cambiar de arriba abajo la casa que en un barrio elegante acaba el famoso torero de adquirir.

Ortega acaba de llegar a Madrid, al cabo de un tercer viaje a tierras americanas, y después de cuanto se ha venido hablando en estos últimos meses, hemos querido preguntarle:

—¿Cómo vieron ustedes desde allá las incidencias del pleito?

—Con la natural inquietud de quienes presumíamos —como así sucedió— que íbamos a ser las primeras víctimas del rompimiento.

—Lo que no impidió que estuvieran ustedes al lado del Sindicato español.

—Absolutamente cierto. En cuantas reuniones celebramos mantuvimos una firme y completa solidaridad. Es más, yo pregunté la opinión de cada uno sobre las determinaciones de nuestros compañeros de España, y nadie se manifestó en discrepancia.

—¿Tampoco Manolete, naturalmente?

—No le pregunté a Manolo porque creía, y sigo creyendo, que él, con su extraordinario prestigio, estaba por encima de todas las disputas. Además, conviene añadir, en honor a la justicia, que soy de los que creen que Manolete está, y estará en todo momento, con sus compañeros. El mismo, en cierta ocasión, me dijo que los toreros españoles tenían la razón de su parte.

—¿Es usted partidario de que sobrevenga un rápido arreglo?

—Creo que el arreglo debe existir, porque así conviene a ambas partes; pero la solución debe ser armónica y justa, a fin de que nadie se sienta en evidente inferioridad con respecto al otro, y que ofrezca, allá y aquí, un margen suficiente para que toreen, no únicamente dos o tres figuras, sino el mayor número posible de toreros.

—¿Qué le pareció la última propuesta del Sindicato, en vísperas de la ruptura?

—Me pareció tan favorable a los intereses de los diestros mejicanos, que en una reunión conjunta que con ellos celebramos, una y otra vez pretendí hacerles comprender que la propuesta venía a concederles, en la práctica, los trescientos puestos. Pero fué en vano tratar de llevarles a este convencimiento, porque los compañeros de allá estaban soliviantados por una Prensa excesivamente apasionada.

—Y la realidad, ¿qué ha demostrado hasta ahora?

—Que allí no se pueden dar corridas si no las anima la presencia de los toreros de España.

—¿Cómo se comportó el público mejicano con ustedes?

—En general, los aficionados mejicanos no han tomado partido franco ni abierto. Ven, ¿cómo no?, con creciente simpatía a sus toreros, y aun cuando en un cartel estén por bajo de los méritos de los españoles, no les falta nunca el concurso de su aplauso. Es lógico.

Ortega, para explicarnos el criterio de los de «la unión», nos exhibe un cable de su presidente, Luciano Contreras, reclamando a un empresario ajeno a la disputa, como es el de Lima, la inclusión del cincuenta por ciento de toreros mejicanos en una corrida que habían de lidiar Ortega y Manolete.

—Y Antonio Algara, que fué el «que trajo las gallinas», ¿qué opina de este desenlace?

—Algara fué el primer extrañado de que sus compatriotas no aceptaran la solución española. ¡Ah!, y conste que si pasase algún tiempo —lo que no espero— sin restablecerse el convenio, no sería nada de extraño que el mismo Algara se presentara por se-

gunda vez en España como emisario de paz.

—Si así fuera, ¿usted qué opinaría?

—Si tantos deseos sintieran de conseguir una reconciliación, bueno sería que el emisario empezara por pagar a los toreros españoles cuantos contratos se les ha incumplido. Luego sería el momento de seguir hablando...

—Según eso, ¿cómo ve usted el asunto?

—Pues que es un pleito comercial de toma y daca. Soy partidario de la estricta reciprocidad, e incluso llegó hasta conceder un veinte por ciento más por parte nuestra, más que por otra cosa para que procedamos con nuestra generosidad de siempre.

—¿No teme que la Fiesta se perjudique con estas incidencias?

—La Fiesta es más fuerte que todos los toreros juntos. Si la industria del toreo no se acabó con Joselito y Belmonte, ¿cree usted que se iba a acabar ahora?

—Una última pregunta, Domingo. Este año, ¿va usted a torear o no?

Esta vez la respuesta del famoso torero es: —Crea usted, con toda sinceridad, que ni yo mismo lo sé.

—Entonces... —decimos. Y terminamos la charla.

T. M.

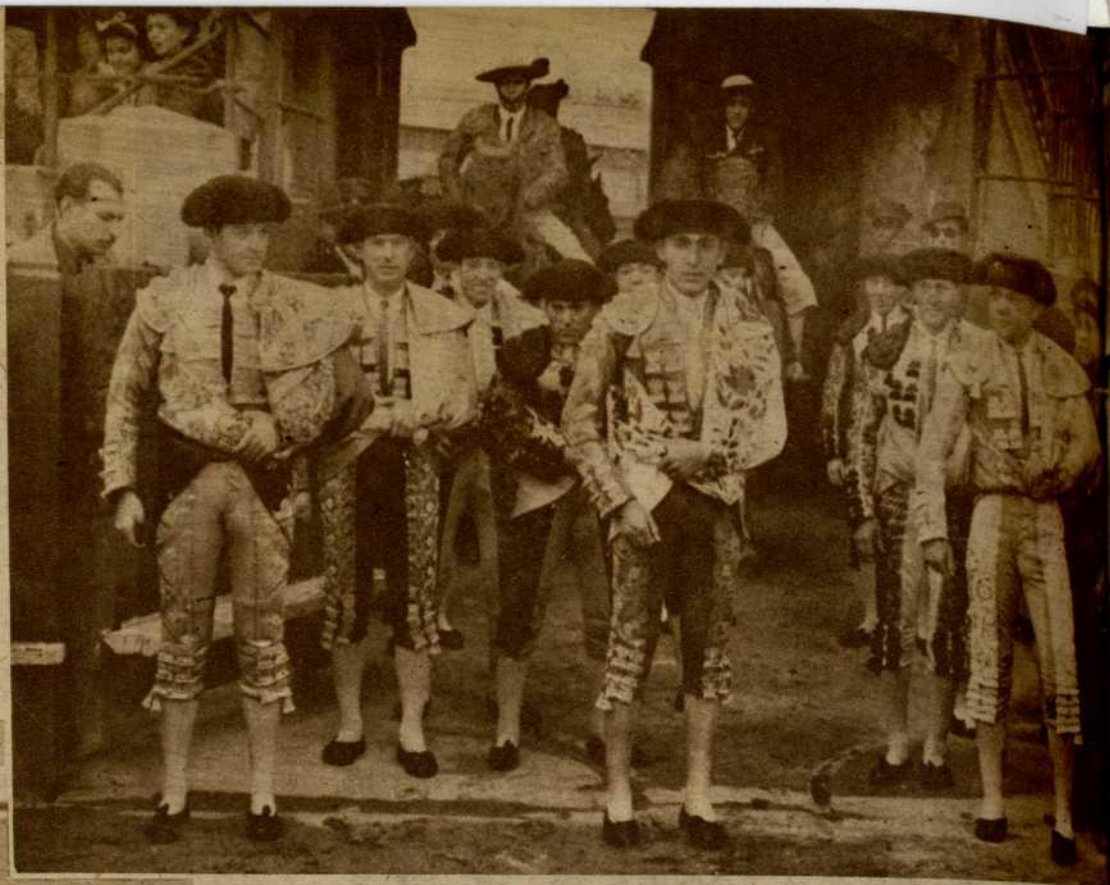
El famoso torero toledano saludando al doctor Zumel, que había acudido a esperarle (Fotos Cano)



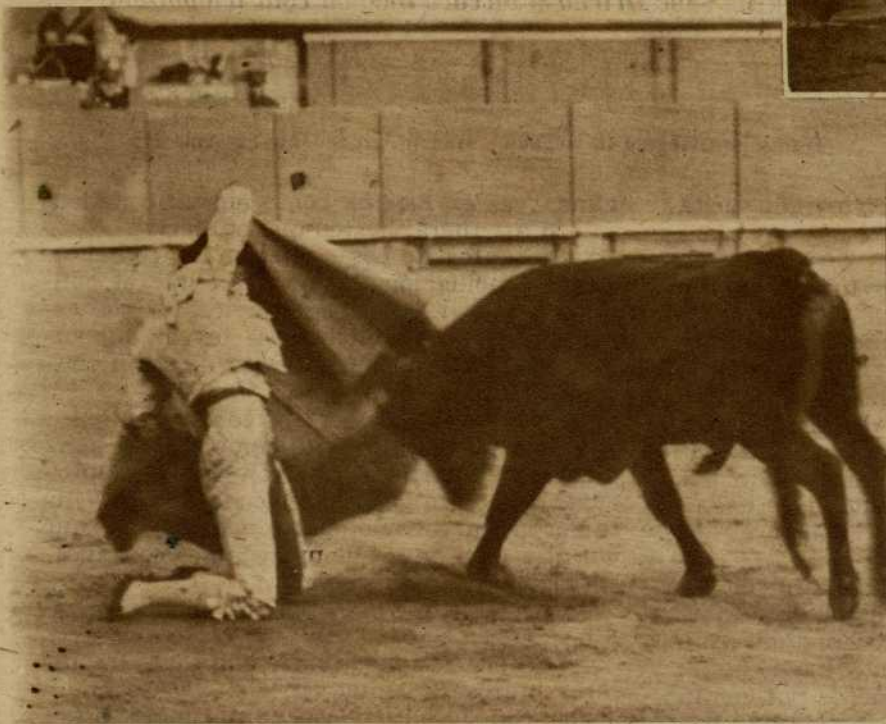
La novillada del domingo en Barcelona

Juanito Bienvenida

resultó cogido de gravedad
en su primer novillo



Juanito Bienvenida, Chaves Flores y Antonio Caro (por el orden de salida), preparados para hacer el paseo

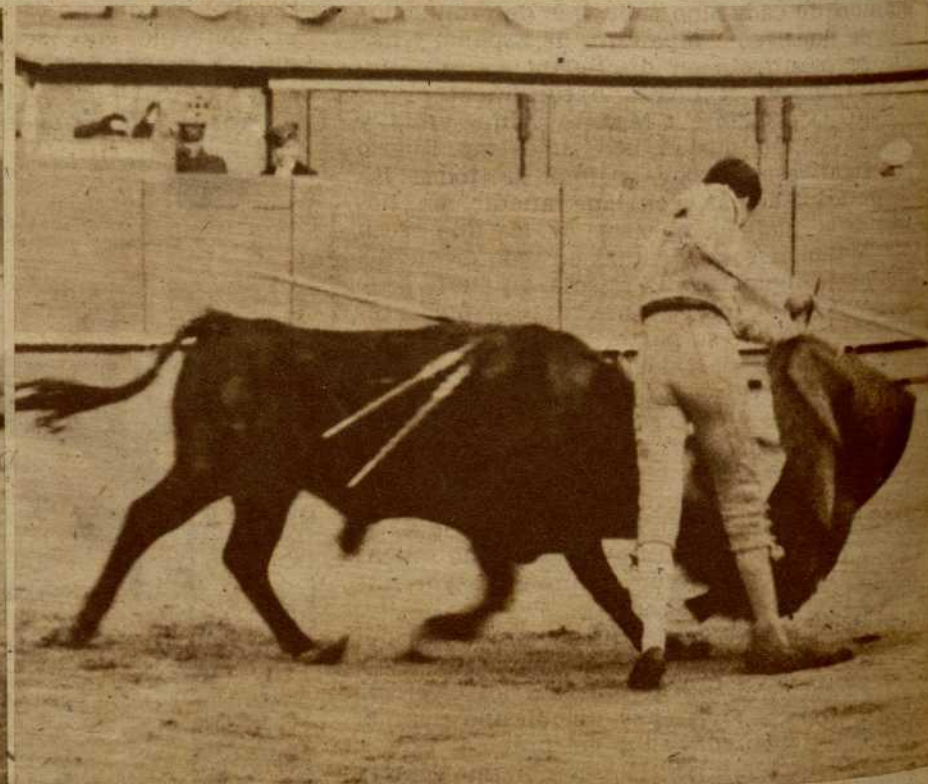


Antonio Caro, que mató tres novillos por la cogida de Juanito Bienvenida, iniciando un farol con las dos rodillas en tierra

Un natural de Antonio Caro →

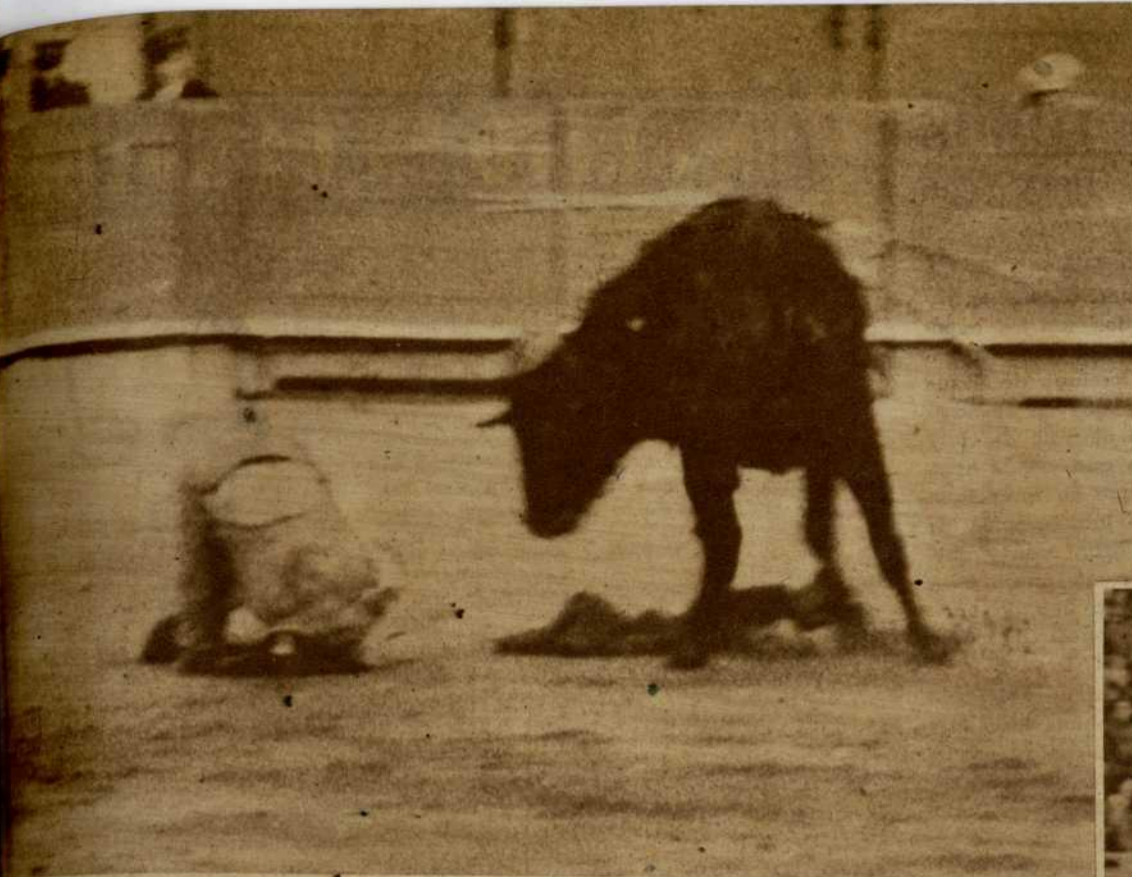


Juanito Bienvenida toreando de muleta al novillo que le cogió



Un pase de pecho de Juanito Bienvenida

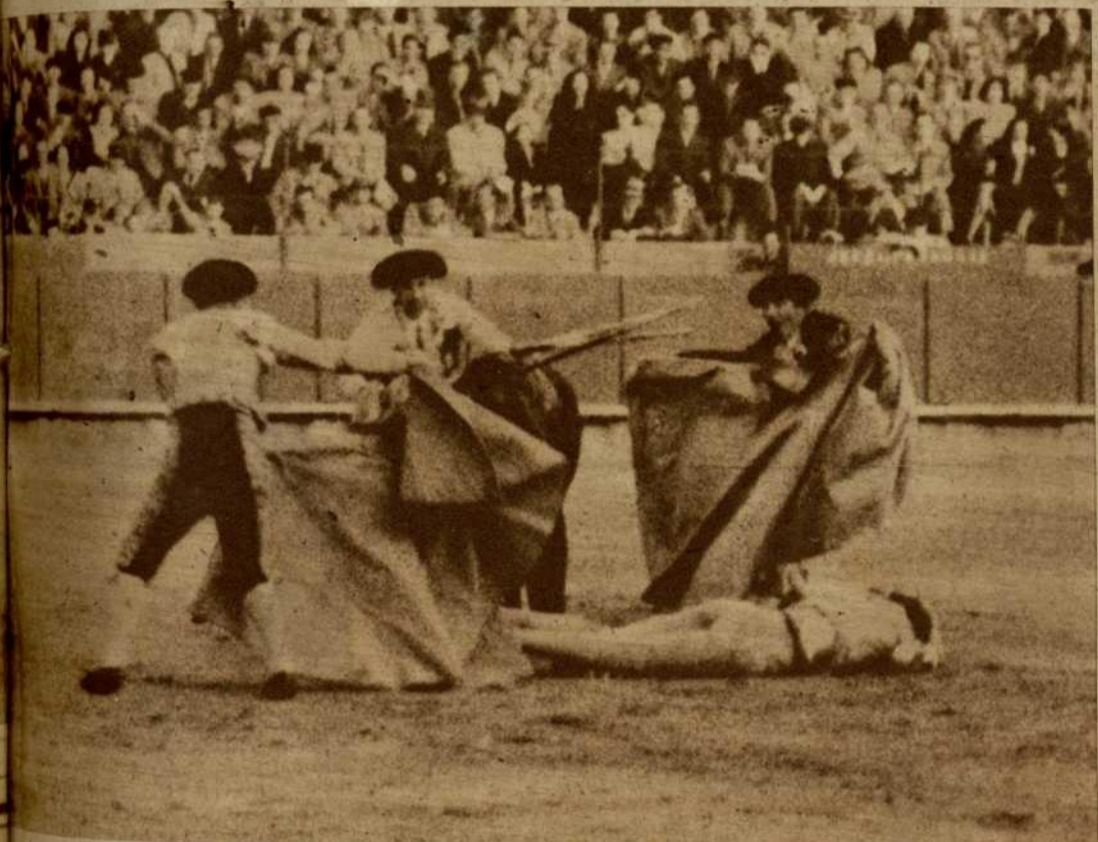
Compañían el cartel ANTONIO CARO,
que mató tres y obtuvo una oreja,
y CHAVES FLORES, que lidiaron cinco
novillos de don José de la Cova
y uno de don Alicia Cobaleta



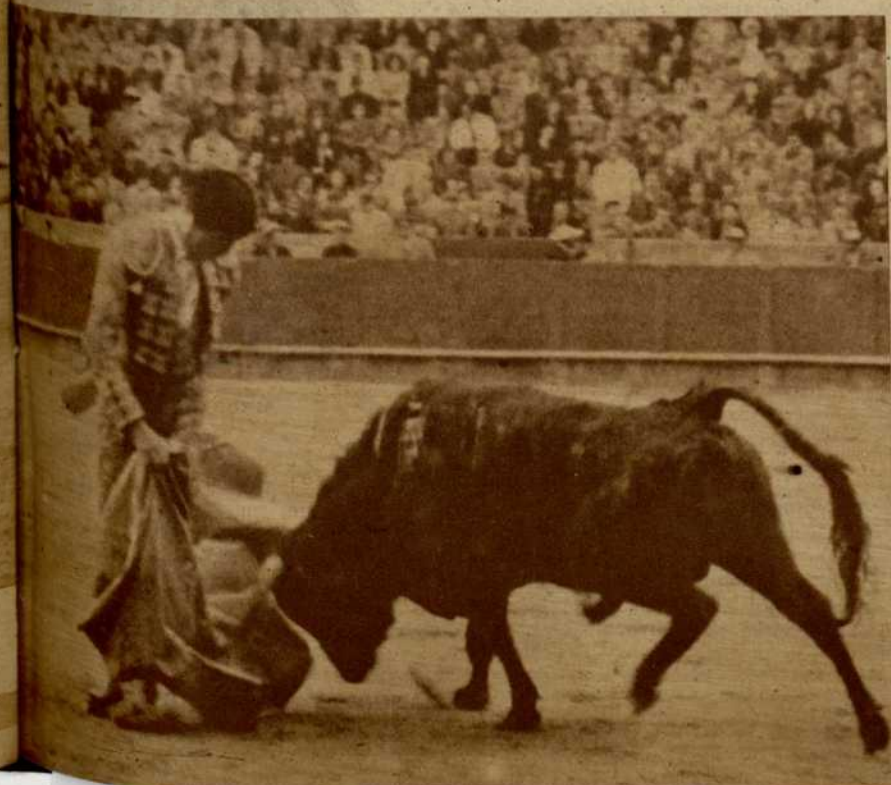
Cuando más confiado estaba en su faena de muleta, Juanito Bienvenida resultó cogido y derribado



Juanito Bienvenida, que no obstante estar herido permaneció en el ruedo hasta que murió su enemigo, es conducido a la enfermería



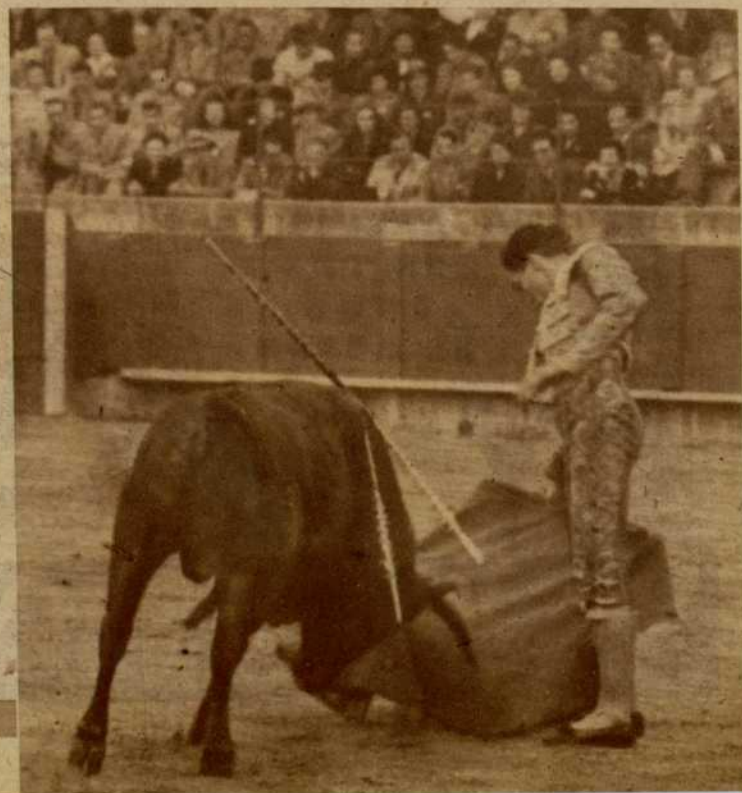
Todos al quite



Chaves Flores,
que hacía su pre-
sentación en Bar-
celona, toreando
← de capa

Un pase con la de-
recha de Chaves
Flores. — Los no-
villos arrojaron el
siguiente peso:
180, 195, 200, 211,
223 y 204 kilos

(Fotos Valls)



PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON.



NO son pocos los aficionados que se preguntan y nos preguntan a quienes suponen algo relacionados con los asuntos taurinos, qué espectáculo ofrecerá la Empresa madrileña para el Domingo de Resurrección. ¿Cómo es posible que no se haya podido organizar un cartel discreto de corrida de toros? Ya es sabido que, desde hace muchos años, la corrida que se anunciaba para día tan señalado de inauguración de la temporada, no era una gran cosa y que, por tanto, nadie espera que este año lo sea. Pero, ¿a qué extremos se ha llegado para que ni esa mediana corrida pueda ofrecerse a los aficionados madrileños?

En un «pregón» anterior, ya hice referencia a cierta información de buena tinta que había recibido sobre el caso. La fuente, a la que entonces no me pareció oportuno referirme, no tengo inconveniente en revelarla

hoy: fué el gerente de la Empresa de la Plaza de las Ventas quien dijo, casi textualmente, que era muy posible que se llegara al mes de mayo sin dar corridas de toros, porque prefería no darlas a darlas malas.

Esta decisión parece buena a cualquiera que conozca las intimidades de la contratación, y sepa, sin género de duda, cómo de un modo sistemático los matadores de toros — todos los matadores de toros de algún cartel — se niegan a presentarse en Madrid en el mes de abril; pero a los aficionados en general no les puede parecer otro tanto y menos aún a los tenedores de carnet de reserva que abonan cada año, sin protestas sensibles, la cantidad que se les pide por continuar en su codiciada posesión.

A todos éstos la Empresa está obligada a decir algo más de que no puede. Debe decir, también, por qué no puede. Y debe decirlo y puede decirlo, porque sabe que nadie le negaríamos nuestro concurso, para que llegara a conocimiento de los aficionados, de esos aficionados contumaces que por menos de nada entran en la Plaza de doce mil para arriba, hasta el lleno total, en cuanto encuentra el más mínimo aliciente en el cartel o tan sólo la favorable presencia del sol.

Entre tanto, lamentarse en pequeños grupos de amigos o periodistas de las insalvables dificultades con que tropieza la Empresa para la contratación de diestros y escudarse en ellas para llegar al Domingo de Resurrección sin haber anunciado la inauguración de la temporada, es contraproducente. Creía que desde el día en que apareció en EL RUEDO el «pregón» a que he aludido, el señor Stuyk se justificaría con algo más que las declaraciones recogidas, pues aunque nosotros las creamos — y las creamos sin duda alguna —, no son suficientes para convencer al público, que es al que hay que convencer.

Meter al público en las Plazas no es tan fácil como para dejarlo confiado a la organización de una serie de amodinas novilladas, ya que, por lo visto, hasta para esto se presentan dificultades que rayan en lo imposible, y la Empresa se conforma con lo que buenamente puede hacer.

Esto es poco, muy poco, para cualquier Plaza de Toros que se estime; pero para la primera del mundo...

Y así estaban las cosas cuando se escribieron estas líneas.

Ahora ya sabemos algo más...

UN GRITO EN LA NOCHE

Y el aficionado químicamente puro me dijo:

—Mire usted, señor. Yo soy aficionado a la Fiesta de los toros. ¿Bueno o malo? No lo sé, ni me preocupa saberlo y que lo sepan. Me atengo a mi criterio, y como nunca trato de imponer mi opinión y rehuyo exponerla siempre que puedo, con ella me conformo y en consecuencia procedo. Ninguna mella me hacen las propagandas si el torero de quien se trate no me gusta. Ya le pueden llamar la desimportación de la hipotenusa, que yo no iré a verle. Y *vice al revés*, como dicen por mi barrio. Yo leo, callo y actúo. Y si hoy salgo de mi silencio es porque me ha tirado usted de la lengua en un momento muy oportuno para sus deseos, porque le aseguro que nunca, nunca, en mis cincuenta años de aficionado, he visto lo que veo ahora en las Plazas, y sobre todo fuera de las Plazas. Y no se alarme, que no le voy a hablar del pleito entre los toreros de equende y allende los mares. Allá ellos con sus tontunas. Con veto o sin él, con tanto por ciento o con extracción de raíces, los buenos serán toreros, y a los malos, Dios los castigará. Yo me refiero al derrumbamiento de vertedero a que están empujando la Fiesta precisamente los encargados de velar por ella. Una Fiesta tan gallarda, tan bella, tan bonita, tan pródiga para todos. Una Fiesta que fué de alegría y generosidad, que se nos está convirtiendo en un pugilato ceñudo, solapado, de encrucijada.

Una Fiesta de la que comenzábamos a hablar a principios de año, fecha en la que ya sabíamos los aficionados que novilleros compondrían el cartel de la Candelaria. Y al llegar este día, en los tendidos de la solanera comenzábamos a comentar las combinaciones del abono... ¿Qué día señalado, en la capital de España, se ha quedado sin su corrida de toros, con lo mejor de lo mejor en el cartel? Ninguno. Repase usted las colecciones de los periódicos. Compruebe usted que las primeras figuras del toreo: Frascuelo, Lagartijo, Mazzantini, Reverte, Guerrita, Joselito, Belmonte, Granero, Marcial...; todas las que se llamaban algo, por derecho conquistado en tenaz y mantenida competencia, se disputaban el honor de venir a Madrid, a presentarse ante la afición de Madrid cuantas veces podían, al punto de que revisteros como Sánchez de Neira y Carmena y Millán llegaron a protestar de la reiteración de sus actuaciones en la primera Plaza del mundo. Y ahora, ya lo está usted viendo. El domingo pasado, 30 de marzo (año, con frío o sin él, ya llevábamos vistas seis o siete novilladas), se suspendió la corrida para darla el lunes o el martes, que no lo sé, porque no fui. Y no fui porque me daba rabia ir a tan modesto festival en tan señalada fecha como la del aniversario del día de la Victoria.

¿Con casi todos los toreros sentados?

¿Con tantísimas corridas compradas?

Absurdo y digno de sanción.

De sanción de la Empresa a los toreros que se niegan a torear.

Y de sanción de las autoridades a la Empresa por evidencia de ineptitud. Sí, señor, de ineptitud; porque yo no quiero saber nada de politiquero ni de justificaciones vergonzantes. Yo quiero saber, y me creo con derecho a ello, por qué me dan una novillada modesta el día que corresponde en lugar de la clásica corrida de inauguración van a ofrecernos otra novilladita de tres al cuarto, yo quiero saber por qué apuñalan tan traperamente la Fiesta los obligados a cuidar de su salud y de su prestigio. ¿Por qué no pasa esto nada más que en Madrid — donde menos debería pasar —, y no sucede en Barcelona, ni en Bilbao, ni en Sevilla, ni en La Coruña? ¿Quién sojuzga, quién mediatiza a la Empresa de nuestra Plaza? ¿A qué hierático *tabú* se acogen los sojuzgadores para que un silencio de Trapa subraye sus maniobras siniestras?

Eso es lo que, en mi condición de aficionado sincero, al margen de cotilleos, rumores, política y contubernios nefandos, pienso y digo: ¿No le parece a usted que tengo razón...?

Y como evidentemente la tenía, ¿qué le iba uno a contestar? Pues lo único oportuno:

—¡Que nos den otras por mi cuenta!

FRANCISCO RAMOS DE CASTRO



Joselito



Belmonte



Marcial Lalanda



Manuel Granero



XEREZ-QUINA

EL APERITIVO
QUE TOMA
TODO
EL MUNDO



VALDESPINO
JEREZ



Ricardo Torres, Bombita

pantás», para concederle también a sus gitanas supersticiones categoría de clarividencias.

Sin embargo...

Puede decirse que en aquel tiempo, en que la afición taurina estaba apasionadamente dividida entre «bombistas» y «gallistas», la antítesis casi absoluta de lo que El Gallo significaba —y no sólo en el aspecto artístico— era Ricardo Torres, Bombita.

Bombita, fino, aseñoritado, culto, tenía una voluntad inflexible, un agudo sentido de su responsabilidad y un valor enorme, consciente, a prueba de cornadas. El día de su retirada, treinta y seis cicatrices exactamente constelaban su piel...

Bombita no era, artísticamente, genial, pero tenía un magnífico genio viril... Era inteligente, ponderado, y no le afligían supersticiones ni rarezas pintorescas.

Hay en su historia este rasgo que acredita su bravura inteligente, su voluntad tesonera. Cierta año —no recordamos exactamente cuál—, Bombita hacía su presentación en la Plaza de Méjico.

Esperó a su primer toro en el tercio, para darle un «cambio» de rodillas, suerte que realizaba a la perfección.

Pero el toro no le tomó la «salida». Lo atropelló con ímpetu brutal y le infirió una tremenda cornada en el pecho.

Muchos días estuvo luchando Bombita con la muerte. Entonces, la ciencia médica aun no conocía los eficaces coagulantes, las prodigiosas vitaminas antihemorrágicas de que hoy dispone.

Bombita tuvo que estar muchas horas, que formaron días, en la cama, sentado, incorporado entre almohadones, condenado a la más absoluta inmovilidad.

El menor movimiento, la más leve contracción, un golpe de tos que no pudiera dominar, podrían producirle la hemorragia, y con ella, la muerte...

Y Bombita, en un alarde tremendo de voluntad, se estuvo todos esos días totalmente quieto, luchando con el sueño, durante el que pudiera hacer un involuntario movimiento; conteniendo con prodigioso esfuerzo la satisfacción de sus más elementales necesidades...

A su formidable voluntad inteligente debió el salvar la vida.

Y unas semanas después, aun convaleciente, reapareció en la Plaza de Méjico. Y al salir su primer toro, se arrodilló en el mismo tercio, en el mismo sitio donde recibió la terrible cornada, ¡y le dió un magnífico cambio de rodillas!...

Pues bien: con hombre de este temple, conversá-bamos años después —cuando Bombita iba a recibir en Madrid las insignias de la Cruz de Beneficencia, que le regalaban sus compañeros de profesión—, y en el curso de la charla surgió el tema de las supersticiones, de las «corazonadas», de los presentimientos de los toreros...

Y Bombita, perdiendo un momento su eterna sonrisa de «chansonniere» simpático, dijo gravemente:

—Yo, que no he sido jamás supersticioso, también creo en eso... Y creo por propia experiencia... Una vez sentí esa corazonada, ese aviso misterioso... Como una voz que viniera de no sé dónde y que me advirtiera: «Ese toro te va a coger»...

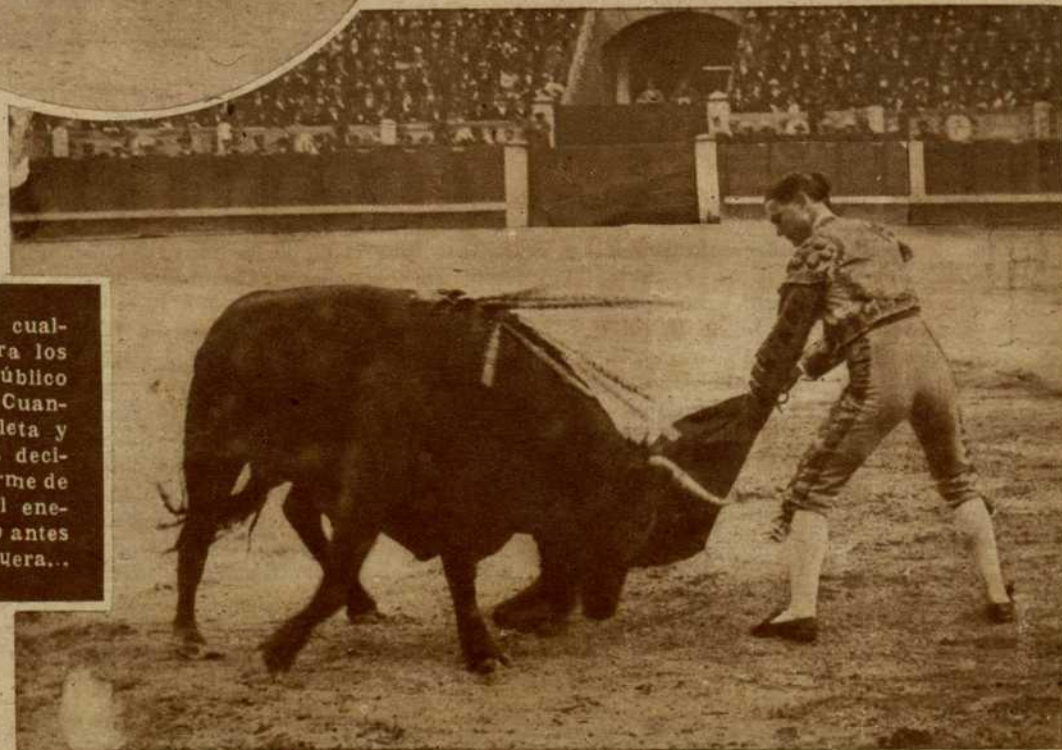
Y contó la anécdota. Fué en una corrida de feria provinciana...

—Cuando salió mi segundo toro —decía Bombita—, que no era ni más ni menos grande ni aparatoso que los anteriores, y le vi embestir a los capotes de los peones, me produjo mala impresión. Y me pareció que alguien —no sé quién— me decía al oído: «Ese toro te va a coger». Si hubiera tenido a mi lado algún banderillero, le hubiera atribuido la profecía... Pero yo, en aquel momento, estaba solo en el tercio... Obsesionado por esta misteriosa advertencia, hice de cualquier manera los quites, y el público me chilló... Cuando cogí muleta y estoque, iba decidido a quitarme de en medio al enemigo cuanto antes y como fuera... Ni que decir tiene que la faena fué desastrosa... El público se indignaba; pero yo, cada vez que a prudente distancia le tendía la muleta al toro, le decía «in mente»: «¡Tú a mí no me coges!»... Le entré a matar desde largo, cuarteándolo a conciencia, sin disimulo, tirando a «asegurar-lo». Le clavé el estoque delantero, pescuecero... El clásico «golletazo»... Y cuando me iba de la suerte, que fué la del auténtico «vuela pies» por la velocidad, en el momento mismo de soltar la mano de la empuñadura del estoque, me pareció dar un suspiro de liberación, al mismo tiempo que decía para mí: «¡Ya!»... Es decir: «¡Ya me escapé!»... Y en este mismo segundo, el toro me tiró un «gañafón». No me pudo alcanzar la pierna, pero me rozó el pie derecho, muy poco, mas lo bastante para hacerme perder el equilibrio y caer al suelo... Y entonces se volvió contra mí, me enganchó, me zarandó y me dió una cornada que me tuvo un mes en la cama...

El aviso misterioso, el presentimiento, «la corazonada», se habían cumplido...

SANTIAGO MONTOYA

LAS «CORAZONADAS» DE LOS TOREROS



... hice de cualquier manera los quites, y el público me chilló... Cuando cogí muleta y estoque, iba decidido a quitarme de en medio al enemigo cuanto antes y como fuera...

«Ese toro me va a coger...»

MANIAS, supersticiones, rarezas... Actos inesperados, resoluciones rápidas, que parecen incongruentes... ¿Quién está libre de eso que el vulgo llama vagamente «tener cosas»?

En la vida más equilibrada, en la mejor disciplinada inteligencia, surgen de vez en cuando inspiraciones desordenadas, desmayos de la voluntad, ideas absurdas que no nos pertenecen, porque no responden a nuestra lógica ni sabemos de dónde vienen.

Hay veces —pocas, por fortuna, porque, de lo contrario, nuestra vida sería un tormento insoportable— en que se rasga ante nosotros el velo del porvenir.

Son los presentimientos, las «corazonadas». ¿Avisos misteriosos de nuestro propio instinto, o voces previsoras que nos llegan de un más allá incognoscible?

El hombre está rodeado de misterios. El más fuerte, el más escéptico, el más vanidoso, sabe que su vida no es sino una pluma lanzada al viento del azar... Y los presentimientos, las «corazonadas», son inspiraciones inefables que nos advierten el rumbo de la suerte en ese juego vital... ¿Cómo desoir-las?...

Si esto ocurre en la vida más ordenada, sedentaria y vulgar, ¿qué influencias no han de tener en hombres como los toreros, cuya existencia es una continua aventura, un dramático albur, entre la gloria y la muerte?...

Cuando Rafael el Gallo, en la época de su mayor fama, explicaba sus «espantás», diciendo que las daba porque, en un momento determinado, él presentía, adivinaba, «sabía» que el toro lo iba a coger, el vulgo se reía de esta explicación.

Ya era bastante tolerarle el privilegio de las «es-

COMO AHORA

Las corridas de inauguración en las Plazas de Madrid durante medio siglo

Resumen detallado desde 1875 a 1924.—Los carteles se componían con las figuras más destacadas de la época



José Machío



Felipe García



Antonio de Dios (Conejito)



Antonio Fuentes



Tomás Alarcón (Mazzantinito)



Agustín García Malla

Año 1875 (28 de marzo).—Siete toros de don Carlos López Navarro. Espadas: Antonio Carmona (Gordito), Rafael Molina (Lagartijo), Francisco Arjona Reyes (Currito) y Felipe García, que estoqueó el último.

Año 1876 (16 de abril).—Seis toros de don Rafael Laffite. Espadas: Rafael Molina (Lagartijo), Salvador Sánchez (Frascuero) y José Machío.

Año 1877 (1 de abril).—Seis toros de Núñez de Prado. Espadas: Antonio Carmona (Gordito), Salvador Sánchez (Frascuero) y José Sánchez del Campo (Cara-Ancha).

Año 1878 (21 de abril).—Seis toros de Laffite. Espadas: Rafael Molina (Lagartijo), Manuel Hermosilla y Felipe García.

Año 1879 (27 de abril).—Cuatro toros de Miura y dos de López Navarro. Espadas: Salvador Sánchez (Frascuero), José de Lara (Chicarro) y Felipe García.

Año 1880 (31 de marzo).—Seis toros de Murube y uno de Castrillón. Espadas: Rafael Molina (Lagartijo), Francisco Arjona Reyes (Currito) y Salvador Sánchez (Frascuero).

Año 1881 (17 de abril).—Seis toros de don Félix Gómez. Espadas: Rafael Molina (Lagartijo), Francisco Arjona Reyes (Currito) y José Sánchez del Campo (Cara-Ancha).

Año 1882 (9 de abril).—Seis toros de don Manuel Bañuelos. Espadas: Rafael Molina (Lagartijo), José Sánchez del Campo (Cara-Ancha) y Fernando Gómez (Gallito).

Año 1883 (29 de marzo).—Suspendida el 25 por lluvia. Seis toros de don Vicente Martínez. Espadas: Rafael Molina (Lagartijo), Francisco Arjona Reyes (Currito) y Fernando Gómez (Gallito).

Año 1884 (14 de abril).—Suspendida el día anterior por lluvia. Seis toros de don Manuel Bañuelos. Espadas: Rafael Molina (Lagartijo), Francisco Arjona Reyes (Currito) y Fernando Gómez (Gallito).

Año 1885 (5 de abril).—Seis toros de don Antonio Hernández. Espadas: Rafael Molina (Lagartijo), Salvador Sánchez (Frascuero) y Fernando Gómez (Gallito).

Año 1886 (2 de mayo).—Suspendida el 25 de abril por lluvia. Seis toros de don Vicente Martínez. Espadas: Rafael Molina (Lagartijo), Salvador Sánchez (Frascuero) y Luis Mazzantini.

Año 1887 (10 de abril).—Seis toros de Bañuelos. Espadas: Rafael Molina (Lagartijo), Salvador Sánchez (Frascuero) y Luis Mazzantini.

Año 1888 (8 de abril).—Suspendida el día 1 por el temporal. Seis toros de Bañuelos. Espadas: Rafael Molina (Lagartijo) y Rafael Guerra (Guerrita).

Año 1889 (21 de abril).—Seis toros de don Juan Antonio Mazpule. Espadas: Rafael Molina (Lagartijo), Salvador Sánchez (Frascuero) y Rafael Guerra (Guerrita).

Año 1890 (6 de abril).—Seis toros de don Faustino Udaeta. Espadas: Rafael Molina (Lagartijo) y Rafael Guerra (Guerrita).

Año 1891 (5 de abril).—Suspendida el día anterior por lluvia. Siete toros de don Esteban Hernández y Biencinto y uno de Palha. Espadas: Luis Mazzantini, Rafael Guerra (Guerrita) y Eusebio Fuentes (Manene).

Año 1892 (17 de abril).—Seis toros de don Esteban Hernández. Espadas: Rafael Molina (Lagartijo) y Manuel García (Espartero).

Año 1893 (2 de abril).—Seis toros de don Carlos López Navarro. Espadas: Luis Mazzantini y Rafael Guerra (Guerrita).

Año 1894 (25 de marzo).—Seis toros de Manuel Bañuelos. Espadas: Manuel García (Espartero), Rafael Guerra (Guerrita) y Antonio Reverte.

Año 1895 (14 de abril).—Seis toros de Bañuelos. Espadas: Luis Mazzantini, Enrique Vargas (Minuto) y Emilio Torres (Bombita).

Año 1896 (5 de abril).—Seis toros de Aleas. Espadas: Luis Mazzantini, Emilio Torres (Bombita) y José García (Algabeño).

Año 1897 (18 de abril).—Seis toros de la viuda de López Navarro. Espadas: Luis Mazzantini, Antonio Fuentes y Emilio Torres (Bombita).

Año 1898 (10 de abril).—Seis toros de Veragua. Espada:

das: Rafael Guerra (Guerrita), Antonio Fuentes y Emilio Torres (Bombita).

Año 1899 (2 de abril).—Seis toros de Veragua. Espadas: Rafael Guerra (Guerrita), Antonio Reverte y José García (Algabeño).

Año 1900 (15 de abril).—Seis toros de Veragua. Espadas: Luis Mazzantini, Emilio Torres (Bombita) y José García (Algabeño).

Año 1901 (7 de abril).—Seis toros de Veragua. Espadas: José García (Algabeño), Ricardo Torres (Bombita Chico) y Rafael Molina (Lagartijo Chico).

Año 1902 (30 de marzo).—Seis toros de Veragua. Espadas: Antonio de Dios (Conejito), Ricardo Torres (Bombita Chico) y Juan Sal (Saleri), que tomó la alternativa.

Año 1903 (12 de abril).—Cinco toros de Biencinto y uno de Palha. Espadas: Luis Mazzantini, Antonio Fuentes y Rafael Molina (Lagartijo Chico).

Año 1904 (3 de abril).—Ocho toros de Palha. Espadas: Francisco Bonal (Bonarillo), Miguel Báez (Litri), Nicamor Villa (Villita) y Antonio Guerrero (Guerrero).

Año 1905 (23 de abril).—Seis toros de don Vicente Martínez. Espadas: Rafael Molina (Lagartijo Chico) y Tomás Alarcón (Mazzantinito), que confirmó la alternativa.

Año 1906 (15 de

Antonio



Antonio Márquez



Pedro Carranza (Algabeño II)

abril).—Seis toros de don Pablo Benjumea. Espadas: Ricardo Torres (Bombita Chico), Rafael González (Machaquito) y Antonio Boto (Regaterín).

Año 1907 (14 de abril).—Seis toros de Veragua. Espadas: José García (Algabeño) y Rafael González (Machaquito).

Año 1908 (19 de abril).—Seis toros de Aleas. Espadas: Joaquín Navarro (Quinito) y Antonio de Dios (Conejito) y Julio Gómez (Relampaguito).

Año 1909 (11 de abril).—Seis toros del conde de Trespalacios. Espadas: Vicente Pastor, Manuel Rodríguez (Manolete) y Rodolfo Gaona.

Año 1910 (27 de marzo).—Seis toros de la viuda de don Fernando Pérez Tabernero. Espadas: Vicente Pastor, José Claro (Pepete) y José Carmena (Gordito), que confirmó la alternativa.

Año 1911 (16 de abril).—Seis toros de don Eduardo Olea. Espadas: Vicente Pastor, Manuel Rodríguez (Manolete) y Antonio Boto (Regaterín).

Año 1912 (7 de abril).—Ocho toros del conde de Santa Coloma. Espadas: Antonio Fuen-



Alfonso Cela (Celita)

Pacomio Peribáñez



José Flores (Camará)



Luis Freg



Victoriano Roger (Valencia II)

Juan Luis de la Rosa

tes, Vicente Pastor, Manuel Rodríguez (Manolete) y Rodolfo Gaona.

Año 1913 (23 de marzo).—Ocho toros de Bañuelos. Espadas: Castor Ibarra (Cocherito de Bilbao), Manuel Rodríguez (Manolete), Agustín García Malla y José Gómez (Gallito).

Año 1914 (12 de abril).—Ocho toros de Olea. Espadas: Castor Ibarra (Cocherito de Bilbao), Manuel Torres (Bombita III), Francisco Madrid y Francisco Posada.

Año 1915 (4 de abril).—Seis toros de don Manuel García Aleas. Espadas: Vicente Pastor, Castor Ibarra (Cocherito de Bilbao) y Pedro Carranza (Algabeño II), que tomó la alternativa.

Año 1916 (23 de abril).—Seis toros de don Manuel García Aleas. Espadas: Francisco Martín Vázquez, Agustín García Malla y Alfonso Cela (Celita).

Año 1917 (12 de abril).—Seis toros de don Salvador García Lama. Espadas: Rafael Gómez (Gallo), Castor Ibarra (Cocherito de Bilbao), Juan Silveti y Pacomio Peribáñez.

Año 1918.—Anunciada para el 31 de marzo, se suspendió por el temporal definitivamente.

Año 1919 (20 de abril).—Seis toros de Benjumea. Espadas: Rodolfo Gaona, Julián Saiz (Saleri II) y Diego Mazquiarán (Fortuna).

Año 1920 (4 de abril).—Seis toros de don Francisco Molina. Espadas: Francisco Madrid, Julián Saiz (Saleri II) y José Flores (Camará).

Año 1921 (27 de marzo).—Seis toros de Moreno Santamaría. Espadas: Luis Freg, Pedro Carranza (Algabeño II) y Ricardo Anlló (Nacional).

Año 1922 (16 de abril).—Seis toros de don Fernando Villalón. Espadas: Diego Mazquiarán (Fortuna), Ricardo Anlló (Nacional) y Victoriano Roger (Valencia II).

Año 1923 (13 de mayo).—Seis toros de Santa Coloma. Espadas: Luis Freg, Diego Mazquiarán (Fortuna) y Manuel Jiménez (Chicuelo).

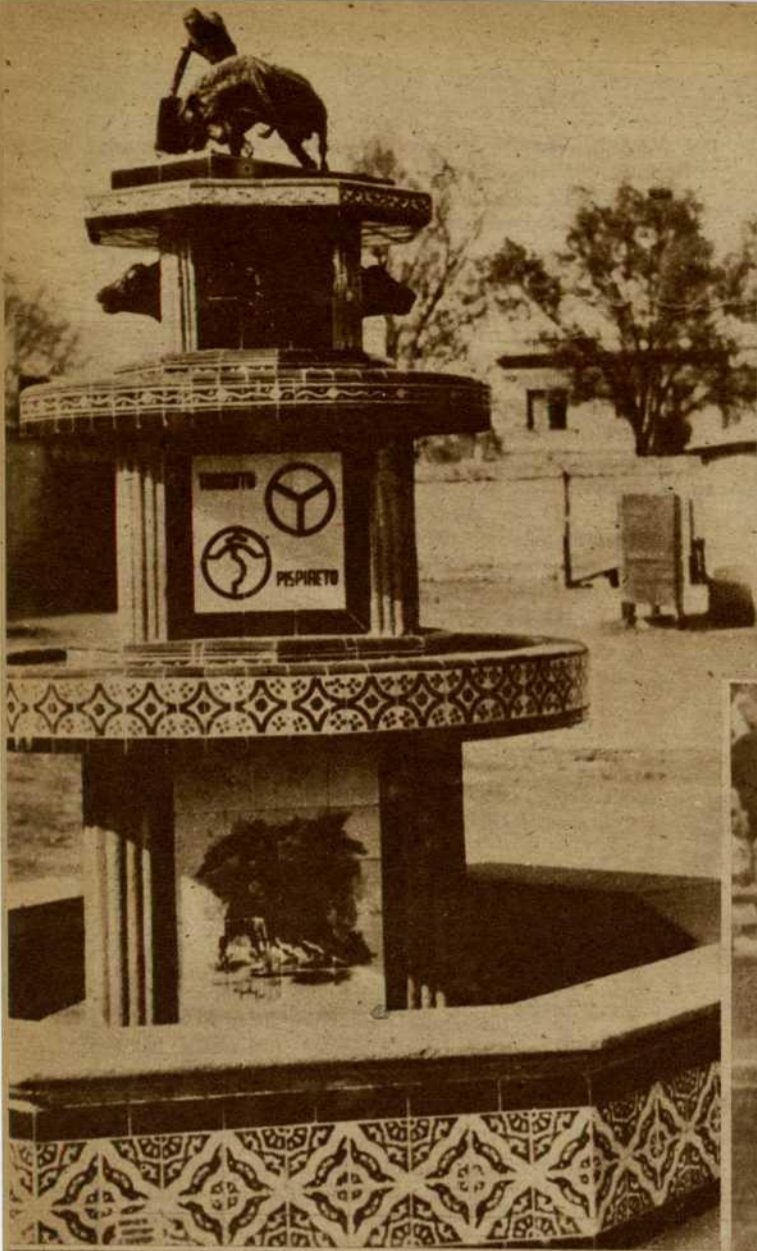
Año 1924 (20 de abril).—Seis toros de Sotomayor. Espadas: Domingo González (Dominguín), Juan Luis de la Rosa y Antonio Márquez.

JESUS MACEIN

SILVERIO PEREZ SE HA RETIRADO DE LOS TOROS

"Me he ido esta tarde de los toros, y me he ido para siempre"

Declaraciones de SILVERIO PEREZ la tarde de su última corrida



Monumento levantado en la Plaza del Toreo, de Méjico, en memoria de las faenas hechas por Silverio Pérez a los toros Tanguito y Pizpireto, que le dieron su mayor fama

SILVERIO Pérez, el «hombre de Texcoco», el ídolo de la afición taurina mejicana, se ha retirado de los toros, después de torear mano a mano con Lorenzo Garza seis toros de Zotoluca en la Plaza de Méjico la tarde del 16 de marzo pasado. Silverio Pérez se cortó la coleta, sin previo aviso, después de matar al toro Manchego, en medio de la sorpresa de todos los aficionados. La corrida, ciertamente, no fué de lucimiento para los diestros; pero la decisión de retirarse había sido tomada previamente.

CUANDO PENSO RETIRARSE SILVERIO

La decisión de Silverio Pérez de retirarse del toreo activo fué tomada, según sus declaraciones, durante el viaje de vuelta de Los Angeles a Méjico, después de presenciar el combate de boxeo de su amigo Manuel Ortiz contra Harold Dade para el Campeonato del mundo del peso gallo. En el avión en que hacían el viaje de vuelta Silverio Pérez y el cónsul de Méjico en Caléxico, gran amigo suyo y de todos los toreros mejicanos, la conversación derivó hacia los planes del torero, quien enteró a su amigo de su propósito de abandonar la lidia. Silverio habló de lo que sufría al ir a la Plaza y dejar a sus hijos esperando en casa con su esposa. El amigo aconsejó:

—Tienes razón. ¿Por qué no te vas?

Y allí, en pleno vuelo, a varios miles de metros de altura, tomó su decisión de torear su última corrida el 16 de marzo.

«ME VOY DE LOS TOROS POR MIS HIJOS»

Efectivamente, cuando Silverio Pérez abandonaba su hogar la tarde del 16 de marzo para torear con Lorenzo Garza seis toros de Zotoluca, se dirigió a su esposa y le dijo:

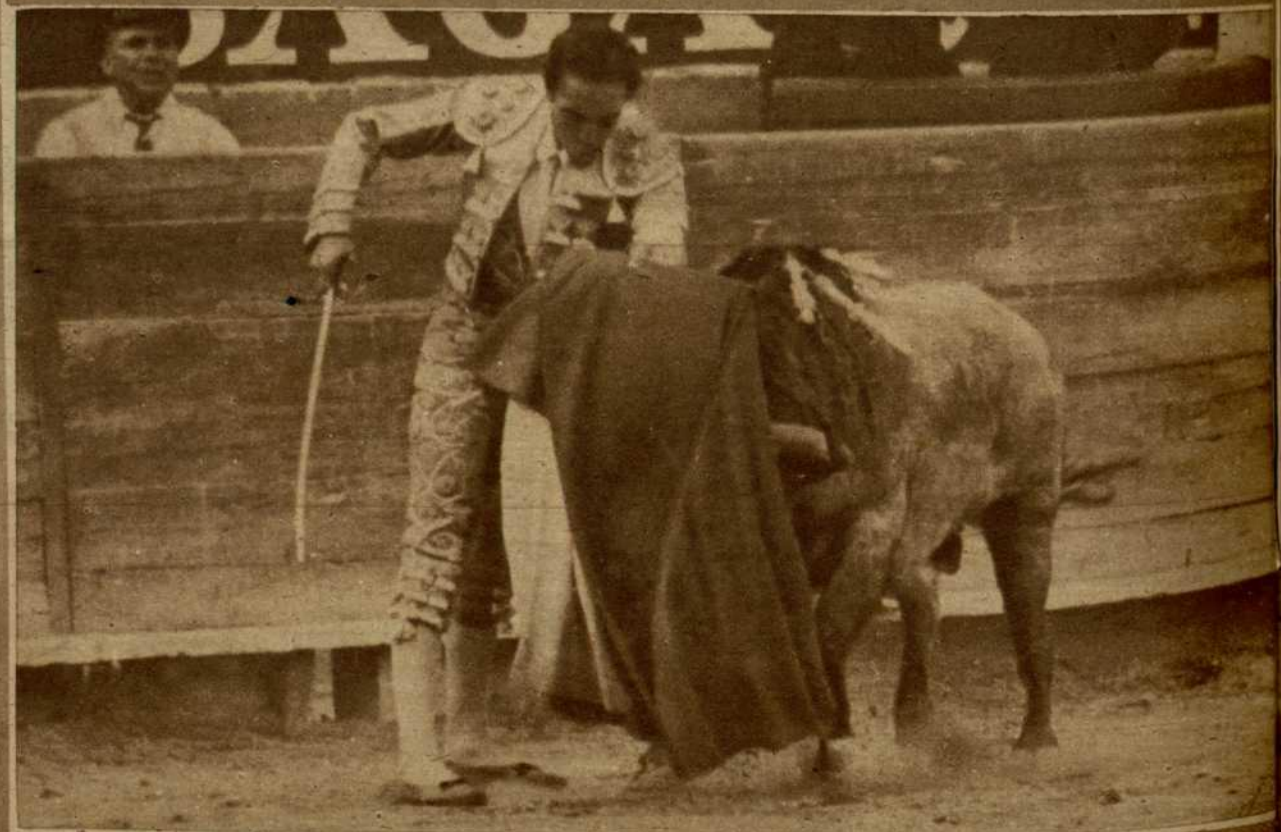
—Hoy se acabó esto.

Y poco más tarde, después de cortarse la coleta, confesaba el diestro al cronista mejicano José Octavio Cano:

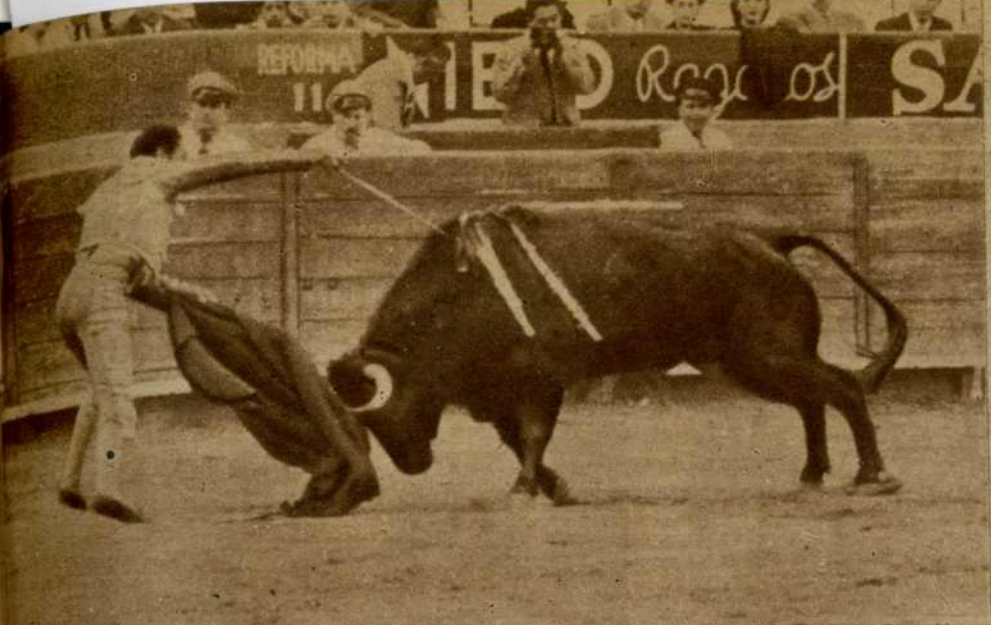
—Yo me he ido de los toros por mi familia. Por mis hijos, que son tan pequeños. He tenido seis cornadas en mis catorce años de torero. De estas seis cornadas, tres fueron siendo novillero y tres siendo matador de toros. Pero las cornadas más grandes, las más terribles, las más mortales, me las daban mis hijos cada vez que yo me vestía de to-



Silverio sufre un desarme



Un pase apretado del «hombre de Texcoco», ídolo de la afición mejicana



Silverio Pérez entrando a matar al último toro de la corrida de su despedida, el día 16 del pasado mes de marzo

pero y me iba a la Plaza y se quedaban con mi esposa viéndome salir. ¡Cuatro cornadas, porque son cuatro niños! Hasta que ya no pude aguantar más.

«MI FAMILIA HA TENIDO UN SINO TRAGICO»

Silverio Pérez continúa sus declaraciones, que reproducimos del diario «Esto»: Hacía tiempo que andaba yo con la idea de irme. Mi familia ha tenido un sino trágico. Mi padre murió en un accidente automovilístico, y nos dejó cuando éramos muy pequeños. Armando, mi hermano, o Carmelo, como le conocieron mejor, murió también trágicamente destrozado por el toro Michín, de San Diego. También nos dejó muy chicos. Yo he sido un torero que ha tenido que montarse en los toros. No he sabido hacer otra cosa. El público, por su parte, se ha acostumbrado a verme torear así.

«EL PUBLICO NO CONOCE ESTAS COSAS AMARGAS QUE SUFRIMOS LOS TOREROS»

Silverio Pérez relata sus inquietudes familiares: —La familia ha crecido —dice, refiriéndose a sus hijos—. Primero fué «Pancholín» el que llegó a alegrar nuestro hogar. Después fué Silvia. Yo me vestía de torero y los dejaba, y salía hacia la Plaza a jugármela y me iba sufriendo. Después han llegado Marcelo, mi tercer hijo, y ahora, José Antonio. Si para mí era muy duro ir al toro y pasármelo por la barriga cuando nació «Pancholín», se me fué

haciendo más duro cuando nació Silvia. Al llegar nuestros otros dos hijos, la cosa empeoró para mí. Me daba trabajo dar el paso hacia adelante y embarrarme al toro por la barriga. ¡Me daba mucho trabajo! Pensaba en mi hogar. El público no conoce estas cosas amargas que sufrimos los toreros. Claro que no tiene la obligación de saberlas. Pero uno las pasa y duelen mucho. Entonces, ante esta circunstancia, pensando también en el público, que ha sido siempre tan bueno conmigo, tan cariñoso, tan único en su afecto por mí, preferí irme.

«AUNQUE SE ARREGLARA EL PLEITO, YO NO IRIA A ESPAÑA A TOREAR.»

«Silverio Pérez me dijo que él no volverá a los toros, porque sus decisiones han sido siempre firmes —escribe el cronista José Octavio Cano—. Me habló de la ilusión que tenía por volver a España a confirmar su alternativa en Madrid, cosa que ya no pudo hacer por la ruptura del convenio», continúa el citado cronista taurino.



—Pero ahora —dice Silverio—, aunque se arreglara el pleito, yo no iría a España a torear. Yo me he ido ya. Y me he ido para siempre.

Seguidamente declara que la única forma de que pudiera volver sería que se quedara en la miseria y no tuviera qué dar a sus hijos; «pero, gracias a Dios —afirma Silverio Pérez—, no creo que llegue a esa situación. Dios me ha ayudado, y ya tenemos lo suficiente para vivir tranquilos el resto de la vida. Ahora me dedicaré a mi granja. A criar puercos», y en su cara triste se dibuja una sonrisa al decir: «A ver si no les da la fiebre aftosa».

CATORCE AÑOS DE TORERO Y UN MONUMENTO POR UNA FAENA

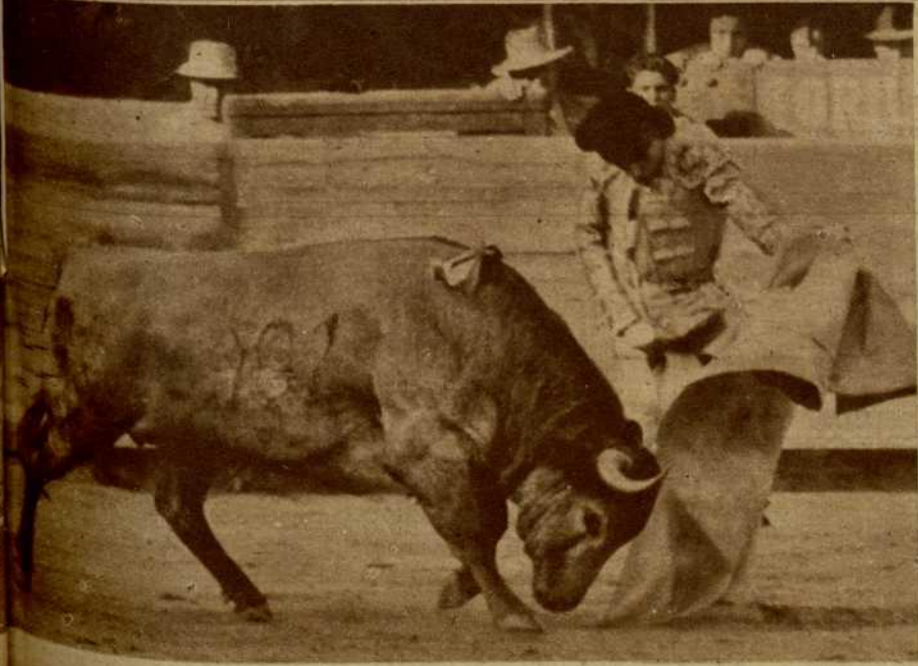
Casi a los catorce años de haberse vestido el traje de luces por primera vez —aquel 25 de abril de 1933—, se ha retirado de los ruedos el «hombre de Texcoco», Silverio Pérez. Allá en su juventud quiso ser boxeador; pero surgió en él la vocación taurina a raíz de una actuación de su hermano Carmelo en la Plaza El Toreo; por cierto que, como Silverio entró sin billete en la Plaza, fué detenido, y pasó su primera tarde taurina en «el bote», como dicen por allá al calabozo. De novillero alternó un día con Manoiete, allá por el año 1936, en la Plaza de Toros de Tetuán de las Victorias. Tomó la alternativa el 6 de noviembre de 1938 en Puebla, de manos de Fermín Espinosa, Armillita. El 11 de diciembre confirmó su alternativa en la Plaza El Toreo, de manos del mismo Armillita. Pero su consagración definitiva vino en la lidia de los toros Tanguito y Pizpireto, cuya hazaña quedó inmortalizada en un monumento levantado en la misma Plaza de Méjico, cuya fotografía acompaña este reportaje.

J. G. F.

Lorenzo Garza, que alternó con Silverio Pérez en la corrida en que éste se despidió de los públicos

Silverio Pérez toreando de muleta a uno de los últimos toros de su vida torera

Otro momento de Lorenzo Garza en su mano a mano con Silverio Pérez (Fotos Cifra y «Esto», de Méjico, exclusivas)



“El Caballito”, explicador de la Plaza de Madrid



El popular «Caballito». En la gorra lleva una leyenda que dice: «Para enseñar».

Lleva en la gorra este letrero: “Para enseñar”.
Fué torero bufo y vende pájaros por las calles

bias de tipo nórdico, con las que desaparece por la puerta del 10.

Pregunto al del vozarrón, y me pone en antecedentes de que aquel hombre es el mismo que yo deseaba conocer. Instantes después vuelve el Caballito, dibujando en su rostro una sonrisa, delatora de haber sido bien gratificado por las inglesas. Entonces advierto en su deteriorada gorra una desgastada inscripción, harto significativa, que reza: «Para enseñar». ¡Razón tienen los que invocan su nombre con carácter de obra de consulta! Pero, no. A las primeras palabras cambiadas, el hombre me explica, con toda modestia, que lo que él enseña no es sino el sitio donde están las distintas localidades, facilitando así el acomodo de los que desconocen el gran coso de las Ventas.



«El Caballito» actuando en una de las puertas de la Plaza de Toros de las Ventas (Fotos Baldomero)

Frente a frente, con una botella de fino sanluqueño y unas aceitunas por medio, comienza la conversación, iniciada por el Caballito:

—Mi nombre es Tomás Entrambasaguas Bueno, y el apodo lo debo a herencia familiar. Nací en Madrid hace cincuenta y siete años, y no había cumplido los diez cuando comencé a ir a la puerta de caballos a ver la entrada y salida de las cuadrillas. Mi afición hizo que siendo todavía un mocoso, comenzara a prestar servicios en la Plaza, en las tareas de la limpieza, hasta que, años más tarde, fui nombrado ayudante del reparto de las almohadillas. Puede decirse que de los servicios del callejón he hecho de todo. Fuí camillero, y he sacado de la Plaza, gravemente heridos, a Pacomio Peribáñez, a Valencia II y a Antonio Murcia.

—Estando muchas temporadas en el callejón, ¿habrá usted pasado algún susto?

—¡Ya lo creo! Un toro de Palha, ¡aquellos toros!, saltó la valla, salió al ruedo, volvió a entrar en el callejón, y me hizo saltar cinco veces; sudé lo mío, y eso que ya era en octubre. También me hallaba al lado de Regino Velasco cuando sufrió la mortal cogida, y no estaba muy lejos del señor Cándido, el viejo carpintero, que murió aplastado contra la meseta por un morlaco de los que hoy no se toream. Y también he sentido en mis carnes la caricia de las astas, en un percance que me hizo abandonar mi antiguo puesto, pasando a ocupar el que ahora desempeño.

—¿Le va bien en su nueva ocupación?

—No me puedo quejar. Aparte de enseñar las localidades de la Plaza, suelo acompañar a numerosos visitantes a conocer las distintas dependencias: corrales, capilla, enfermería, explicándoles algunos sucesos, y ello me reporta algún beneficio económico, siendo los extranjeros los que mejor pagan. Con ello, el jornal de albañil y la venta callejera de pájaros, sostengo mi modesto hogar.

—Y con tanta afición, ¿no ha pensado nunca en ser torero?

—¡Sí, hombre, sí! He toreado lo mío, haciendo de Don Pepito en una cuadrilla bufa, que alcanzó

muchos éxitos, titulada: «Arte, valor y gracia. Llapisera, Don Pepito, El Esteras y su Botones.» Yo era uno de los matadores, y he realizado muchas faenas en serio, que me han valido calurosas ovaciones. Recuerdo una tarde, en Villarrubia de Santiago, donde maté tres novillos y corté dos orejas, habiendo cobrado por aquella hazaña 450 pesetas.

—Entonces, ¿usted no es partidario de la época actual?

—Yo no trato, ni mucho menos, de restar méritos a los espadas de hoy; pero la verdad es que no me ha gustado nadie como Vicente Pastor, y no crea que me ciega la pasión porque seamos paisanos. De quien también he sido gran admirador ha sido de Marcial Lalanda, y de los actuales, mi preferido es Manolete.

—He oído nombrar a usted muchas veces, como hombre que resuelve muchas dudas en cuestiones taurinas. ¿Es cierta esta buena fama?

—Lo que pasa es que uno ha visto tantas cosas en cerca de medio siglo, que con un poco de memoria se puede sacar a un obcecado de su error, aclarando alguna fecha, nombre de algún toro y otras cosillas sin importancia. Eso es todo.

—¿Puede contarme alguna anécdota? En tanto tiempo, tendrá usted muchas.

(El hombre duda, se sonríe, vuelve a dudar y al fin responde.)

—Me da vergüenza contarlo. Pero le voy a referir una muy reciente; de esta misma tarde. Cuando venía de trabajar, me han quitado la cartera, en la que traía unas cuantas fotografías en las que yo aparecía toreado, por si querían publicarlas. Usted figúrese la ilusión que yo tenía de verme en EL RUEDO, demostrando que también tuve mis pretensiones. ¡Y que esto me haya pasado a mis años... y de Madrid!



ESO quien lo sabrá será el Caballito... «Si no lo sabe el Caballito, no lo sabe nadie...» «No lo sé, pero el Caballito me lo dirá...» Estas frases, y otras por el estilo, las he oído repetidas veces en las frecuentes discusiones taurinas que se promueven en cafés, bares y tabernas del alegre barrio de Pardiñas. Yo me he preguntado más de una vez: ¿Quién será el apodado Caballito, que tanto parece saber y que algo nos puede enseñar?

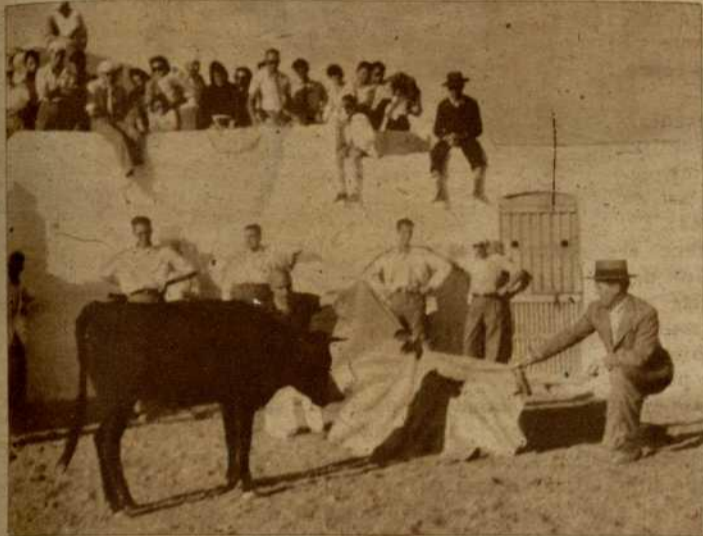
Y la casualidad hizo que conociera, hace unos días, a este «maestro». Poco antes de sonar los clarines pregoneros del comienzo de la última corrida celebrada en Madrid, oigo, en los pasillos de la Plaza, la ronca voz de un cervecero:

—¡Caballito, atiende, a esas inglesas!

Vuelvo la cabeza y veo a un hombre, ya maduro, enjuto y ágil, tocado con gorra de uniforme, que corre, hasta dar alcance a dos deliciosas ru-

El poeta GINÉS DE ALBAREDA afirma que buena parte de su producción literaria refleja su afición a los toros

La suerte de muleta pone de relieve, mejor que ninguna otra, la personalidad del torero y el poder del toro...



En el cortijo «La Esparraguera», de Huelva, ante la Universidad de Verano, y «como complemento de sus lecciones», Ginés Albareda torea al allmón (Foto Báez)

EN diversas ocasiones hemos pensado hablar un poco de toros con don Ginés de Albareda, poeta exquisito y actualmente subdirector nacional de Radiodifusión. Un día y otro desistíamos, porque, aun conociendo la gran afición a los toros del autor de tantos versos rítmicos, sabíamos su gran tarea al frente de su puesto oficial, desde donde se afana por llevar a los países de Hispanoamérica la auténtica verdad, tan maltratada, de España.

Mas ahora, al destacar de nuevo su figura, con ocasión de haberle sido discernido el premio Fastenrath 1946, por su «Romancero del Caribe», hemos acudido a interrumpir su labor, conociendo como conocemos su cordialidad, aun, a sabiendas de robarle unos minutos a su labor inagotable.

Nos recibe afectuosamente.

A mi primera pregunta, Albareda respondió con entusiasmo:

—La Fiesta de toros me gusta muchísimo.

Todos los años suelo mirar con ilusión el primer sol fuerte y los primeros retoños, porque ellos nos traen en andas a la primera corrida. Por eso en España tiene la primavera mayor belleza, porque a más de fragancia y días claros sin igual, posee el trazo viril y arrogante de la Fiesta de toros.

—¿De cuándo arrancan sus primeros recuerdos taurinos?

—De los primeros juegos. Todos de niños hemos hecho de toreros y de toritos.

—En cambio, la mayoría de los niños de hoy aspiran a tener renombre y celebridad por otros caminos... Quiere decirme ahora: ¿a quién admira más, al torero o al toro?

—Admiro la fusión. Torero y toro separados no pasarán de ser una estampa interesante, pero inexpresiva. La fusión de ambos es la proeza, la expresión gallarda de línea, color y bravura.

—¿Qué le complace en mayor grado del conjunto de la corrida?

Sin titubear, Albareda contesta:

—La suerte de muleta. Le hallo singular donaire, bizarría. Es mejor que en ninguna otra, en la que el torero entrega su acento, su estilo, su personalidad, y el toro, su poder. Es el garbo y la gracia frente a la fiera, y es la única en que la burla se hace galana, porque está respaldada por la pujanza y el arte aunados.

—¿Cree en posibles renovaciones de los patrones actuales del toreo?

—La renovación es siempre aceptable; pero a condición de que no se abandone el terreno

de lo clásico. Renovación digna, ligada sustancialmente a la genuina ciencia del toreo. No innovar por innovar, por el mero hecho de desajustar una tradición y desestimar la rai-gambre.

Se abre una pausa, aprovechada por un secretario, para que el subdirector de Radiodifusión firme tres o cuatro cartas de urgente despacho.

Al reanudar la charla, vuelvo a preguntar:

—¿Qué localidad le parece,



a su juicio, ideal para presenciar la corrida?

—Hombre, eso no hay que dudarlo! La barrera, no sólo porque resulta la mejor atalaya para observar cuanto acaece en el ruedo, sino también porque hasta ella llegan las pequeñas incidencias que tienen el callejón por escenario. Unas veces es la rápida advertencia del peón de confianza a su matador. Otras, el breve comentario de éste después de una lidia difícil, mientras a sus costados fuman, nerviosos, los banderilleros el cigarrillo del menguado descanso...

—¿Encontró verdadera afición en la gran extensión de América por usted visitada?

—Mucha. Y tanta pasión como afición. En Suramérica existen muy buenos aficionados. Las corridas, que en muchas Plazas se remontan a la época de los conquistadores, gozan de un público inteligente y entusiasta, que siempre sabe acoger a los toreros españoles con tanta admiración como simpatía.

—¿Quiere decirme alguna peculiaridad singular de aquellas Plazas?

—Una de las más interesantes son ciertas localidades caras de algunas Plazas, denominadas «cuartos». Estos «cuartos» vienen a ser como una especie de palcos cerrados, con unas ventanitas estrechas y alargadas, situadas a la altura de las cabezas de los lidiadores.

—Algó así como los «palcos incógnitos» situados en los proscenios de los viejos teatros.

—Exacto. Los espectadores de los «cuartos» suelen charlar en los descansos de la lidia con los toreros, estableciéndose así relaciones continuadas y cordiales entre toreros y público.

—De todo esto se deduce que usted ha presenciado numerosas corridas en Hispanoamérica.

—Sí, muchas. Sobre todo en Venezuela y Colombia. En la Plaza de Bogotá, muy hermosa por cierto, vi hacer a Domingo Ortega una faena magistral en un toro que me brindó. También Cagancho, en Caracas, me brindó un toro en una de sus tardes más apoteósicas.

—Finalmente, ¿es cierto que su afición a los toros ha tenido reflejo en su producción literaria?

—Cierto; tengo varios poemas sobre los toros; entre ellos, uno con ambiente mejicano, dedicado a Rodolfo Gaona. Además, se encuentran con frecuencia metáforas de toros en mis versos.

F. MENDO



Ginés Albareda conversa en una comida íntima con don Fernando Castiella y el embajador de la Argentina en España, doctor Radio (Foto Gómez Matesanz)

JUANITO MANCHÓN, EL TORERO EN QUIEN EL GALLO HA PUESTO SU AMISTAD



Juanito Manchón piensa en la dedicatoria que le ha ofrecido Rafael el Gallo

HE aquí un muchacho —Juanito Manchón— que se ha ido haciendo solo, día tras día, a través de una vocación decidida y en lucha denodada con las dificultades que entraña el afán de ser torero. Con él hemos conversado al pie de la Giralda, frente a esta puerta de la Maestranza, con Triana al fondo... Y, ¿por qué Triana? Porque Sevilla —la Sevilla torera, de tertulias, de grupos, de expediciones de aficionados a las tientas famosas— sabe que Juanito Manchón es un novillero que torea como lo hacía Belmonte.

—Mire esta media-verónica—nos ha dicho.

Y, en efecto, el novillo aparece en ella prendido a su cintura, apretado a su capote, liado a él. Juanito Manchón ha toreado por tentaderos, por festivales y...



Juanito Manchón con nuestro colaborador Paco Montero (Foto Arenas)

dose le su casa, venciendo la resistencia familiar, huyendo a los amigos; pero un día y otro, Manchón, que admira al pasmo de Triana, ha captado su toreo, y es ya su estampa.

—Rafael el Gallo se ha decidido a protegerme. Me vió torear el año pasado en Sanlúcar de Barrameda a un novillo de Pallarés y me ha llevado a varias encerronas. Rafael está muy contento conmigo, y me ha regalado un vestido para que con el oro suyo se me haga uno nuevo, a mi medida. Dice que yo puedo «ser gente». Veremos.

Juanito Manchón estudió en Granada. Ha estado en la Universidad; pero desde hace tres años no piensa más que en «el toro», como dicen los aficionados. Conoce idiomas, y ha vencido, al billar, a varios campeones famosos. Su charla, amena, simpática, efusiva, tiene un acento sevillano chispeante y contagioso. Ha cruzado los cerrados de las más célebres ganaderías, ha toreado de noche, a pleno campo y dice que el libro más apasionante que conoce es la biografía de Juan Belmonte. Tanto se ha esmerado en su lectura, que Juanito Manchón sigue, en cuanto puede, los pasos taurinos del famoso diestro.

—Yo prefiero, entre todas las suertes, la estocada. Esta es mi especialidad. Hay que resucitar, y hacerla con más frecuencia, la buena estocada. Es lo que más entusiasmo a las gentes.

Juanito Manchón —hijo de don Francisco Manchón Apolo, sevillano de gran ambiente y muchos amigos en toda Sevilla— nos muestra, en su casa de la calle Gamazo, el cuarto en que conserva, en una prodigiosa película de fotografías, una tarde completa de Belmonte. En el centro, un gran cuadro, firmado por Comas Acosta, recoge un estuario de Rafael el Gallo, en el que se dice textualmente: «A Juanito Manchón, el chaval que puede estar tranquilo delante de este toro. Con mucho cariño, Rafael el Gallo.» Nosotros, hablando el maestro, poco podemos agregarle. Que todo sea así.

PACO MONTERO

ACEYTE YNGLES

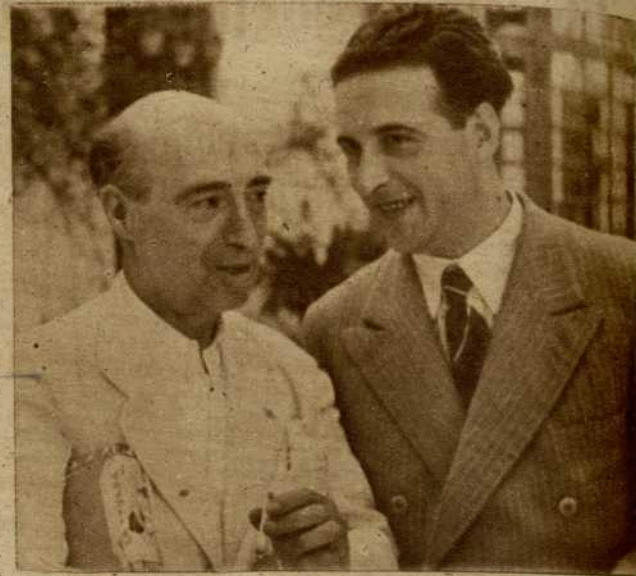


PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

C. S. 150

EL GALLO, LA PERSONALIDAD Y LA ANECDOTA

LA biografía que de Rafael el Gallo, ha compuesto Rafael Martínez Gandía, con garbo periodístico y sentido certero de historia —la historia se forma con la vida y el accidente de los hombres representativos—, sirve para presentarnos, con admirable diseño, los rasgos de un artista excepcional. La lectura ofrece el interés de una novela. Divierte, en el mejor sentido de la palabra. El escritor ha puesto



El Gallo y Martínez Gandía

mucho en ese empeño, plenamente conseguido: sagacidad, estilo, percepción de lo que tiene un valor de sugestión, gracia narrativa. ¿Y el personaje? Para la biografía, es el material indispensable. Sin un carácter, una presencia que singulariza en la vida, en los afanes profesionales, la más diestra pluma se encontraría sin posibilidad de ejercitarse. Pero el que popularmente fué llamado por muchos «divino calvo», tenía y tiene todos esos especiales atributos que dan la «personalidad»; es lo más interesante que se puede exhibir en la convivencia, en el difícil arte de andar por los mundos de Dios. Generalmente, el torero ha conseguido ese conjunto de matices psicológicos que le hacen algo aparte, con rasgos personales, con una «silueta» no sólo física, sino moral. Lo da el ambiente en que se han de desenvolver, la misma continuidad en el desprecio del riesgo y el sitio en las zonas de máxima popularidad. Pero el torero, salvo excepciones, no ha sido vanidoso. No le hacía falta serlo. Fué, como es hoy, el espada de reconocida celebridad, ese hombre que concita la admiración y el entusiasmo de las multitudes, un ser que conoce su renombre, que anda con pasos propios, que se manifiesta tímido ante los que juzga superiores, que tiene «sus cosas», sus modos, pero que no ha sido casi nunca jactancioso, por el espejismo de la gloria.

Sin embargo, es difícil identificar al torero que llega a la cumbre con un tipo humano invariable. Dentro de unas líneas formativas, de carácter, cada uno tiene sus rasgos peculiares, lo que da la singularidad. En este sentido, ¿quién duda que Rafael el Gallo ha tenido, en la torería, y aun en la vida social general, un puesto de excepción? Ese puesto, lo que da el resultado de una figura «sui generis», brinda un anecdotario extenso, pintoresco. Una vez, el modo de reaccionar, la popularizada actitud de increíbles temores, esa sinceridad curiosa que es la falta de dominio para contener sus impulsos; otras veces, el desprendimiento, la generosidad desbordada, que le ha hecho dilapidar una verdadera fortuna; en ocasiones, la frase, revelativa de un talento innegable, de agudo ingenio.

Y todo esto aparte, sus destellos geniales, esas ráfagas de inspiración que le hicieron, en los ruedos, ser la culminación del interés, y con su arte inimitable, fuera de cánones y reglas, la razón de delirantes entusiasmos. Como de tremendos denuetos. En rigor, todo el artista que sube a las más altas cimas, aureolado de popularidad y prestigio, suele tener «sus cosas», lo que le da personalidad. En esto, Rafael llegó más lejos que nadie.

La habilidad del periodista, en el caso presente un verdadero maestro en nuestro oficio, está en sacar a la superficie lo que tiene un valor psicológico, que ofrece al lector la silueta moral, el modo de ser del artista.

Y al mismo tiempo, el episodio, la anécdota, que dan amenidad, siendo también dato para revelar lo que es el protagonista. La conversación es el sistema de mayor eficacia. La destreza y el dominio de su técnica llevan al periodista a conseguir el interés que la crónica requiere. El mismo interrogado no se da cuenta. Y es la mejor de las biografías. Esto es lo que Martínez Gandía acertó a conseguir en sus charlas, publicadas, primero, en la fugacidad de la revista, y reunidas, ahora, como documento, retazo de historia —que no es sólo del torero, sino de una época y un ambiente— en la serenidad del libro. Se han dado cita, en éste que comento, y que he releído con verdadero deleite, la gracia, el valor de excepcionalidad, la atrayente popularidad del personaje, el ágil sentido de la interviú y el «retrato» literario que ha forjado el ilustre periodista. Por todo ello, en la fecundidad de la literatura taurina de nuestro tiempo, que viene siendo sintomáticamente copiosa, «El Gallo, dentro y fuera de los ruedos», es una pieza esencial. Y para el aficionado, un libro de los que no deben faltar en el recuerdo de la lectura y en la presencia de la biblioteca íntima.

FRANCISCO CASARES

Manolete visita al obispo de Córdoba

Se ofrece a torear una corrida gratis a beneficio del Patronato de Casas Baratas "La Sagrada Familia"

Una anécdota del arzobispo de Méjico

HEMOS sido los únicos periodistas a quienes ha sido dado presenciar esta entrevista. En nuestro reportaje de la semana última, en estas mismas páginas de EL RUIDO, ya dábamos estado de cosa pública al ofrecimiento hecho por Manuel Rodríguez, Manolete, a su llegada a Córdoba, de actuar en una corrida benéfica en la Plaza de su tierra. Pues bien; en esta tarde del Domingo de Ramos, Manolete ha dado a su vez estado oficial a su promesa. Ha llegado, en compañía de varios amigos, al Palacio Episcopal.

Manuel Rodríguez, Manolete, fué recibido por el excelentísimo y reverendísimo señor doctor fray Albino González Menéndez-Reigada, obispo de la Diócesis, y por varios miembros del recién instituido Patronato de Casas Baratas «La Sagrada Familia».

Manolete fué a ponerse a disposición del Prelado para actuar en una corrida de toros, cuyos beneficios habrán de destinarse íntegramente a los fines para que el referido Patronato fué creado, que no son otros que la construcción de hogares para familias pobres que hoy se encuentran sin vivienda; circunstancia ésta más acentuada, si cabe, a causa de los continuos temporales, que han ocasionado el derrumbamiento de muchas moradas de gente humilde.

Fray Albino acogió paternalmente a Manolete, y elogió su proceder de hijo

de Córdoba al ofrecer su valioso y desinteresado concurso para la gran obra social que el Patronato piensa llevar a cabo.

La conversación de Manolete con el señor obispo transcurrió en tonos de gran cordialidad. El diestro, a preguntas del Prelado, opinó sobre el carácter de los mejicanos y expresó su satisfacción por la pasada campaña. Su excelencia reverendísima dijo cuánto le complacía haber conocido personalmente a Manolete, y le recordó que en sus continuos viajes por España había tenido oportunidad de hablar extensamente con señeras figuras de la Fiesta, tales como Guerrita y Joselito, y sacó la convicción de que todos estos hombres que se juegan la vida ante los toros son esencialmente católicos, y singularmente caballeros y patriotas.

Pasóse más adelante a escuchar la opinión de Manolete, respecto a cuándo habría de celebrarse en Córdoba esta corrida benéfica. Dijo Manuel Rodríguez que, salvo la opinión del señor obispo, debería de fijarse para el mes de septiembre, pues aun cuando él tendría mucho gusto en que este festejo fuese el primero que torea en España, quería venir a su tierra con entera seguridad en sí mismo, o sea, tras de haber actuado en varias corridas, a modo de «entrenamiento».

—Yo —terminó Manolete— me visto de torero en Córdoba con la misma preocupación que si lo hiciera en Madrid.

No se acordó, pues, nada en concreto. Es decir, se tomó el acuerdo de poner la organización de esta corrida en manos de José Flores, Camará, apoderado del diestro. Y el señor obispo, por su parte, comunicó su deseo de que fiesta de tal categoría fuese presidida por varios ministros, entre ellos, el de la Gobernación y el de Trabajo.

Tras de la entrevista, el Prelado, el famoso torero y los señores que estuvieron presentes, visitaron detenidamente el Palacio Episcopal. Se despidió el espada de fray Albino, y ya en el automóvil pudimos observar la satisfacción de Manolete por la acogida de que había sido objeto.

Por cierto que no nos resistimos, como final del presente reportaje, a relatar una curiosa anécdota, referida por Manolete, mientras en el coche se dirigía al centro de la ciudad. Es algo añeja, pero sin duda poco conocida. Cuando la inauguración de la Plaza mejicana de la Ciudad de los Deportes, dicho coso fué bendecido por el arzobispo de Méjico. Tras de cumplir con su sagrado ministerio, dicho señor se acercó a Manolete y le dijo:

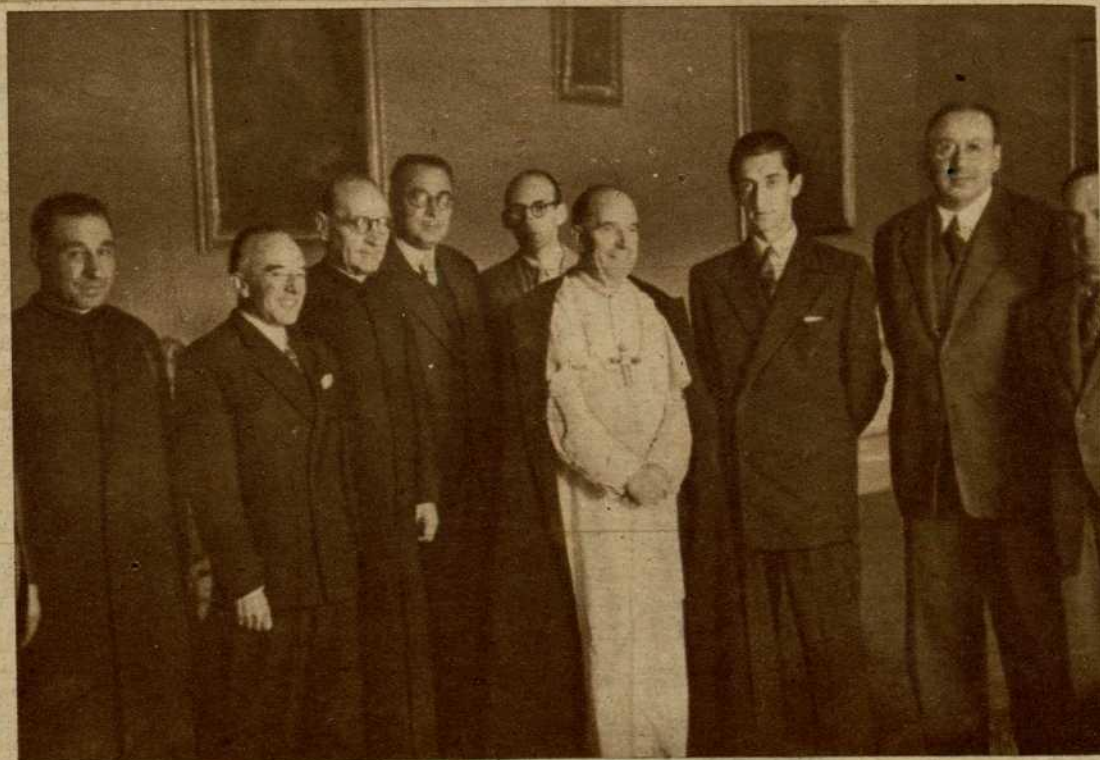
—Por esta vez le he ganado la partida. Habrá observado que he dado yo la vuelta al ruedo en esta Plaza antes que usted.

Y llevaba razón el señor arzobispo.

JOSE LUIS DE CORDOBA



Fray Albino cuenta a Manolete cuando él conoció a Guerrita y Joselito...



El reverendísimo señor obispo de Córdoba fotografiado con Manolete y la Junta del Patronato de Casas Baratas (Fotos Ricardo)

¿POR QUÉ NO HABLAR DE ESTOS?

Breve historia de un subalterno notable: PEPIN DE VALENCIA



José Balbastre, Pepín, en 1907

TRISTE cosa es hacerse viejo y ver cómo han desaparecido de este mundo tantas personas y tantas cosas que contribuyeron a hacernos gratos los días de nuestra juventud. ¿Dónde están los toreros de hace siete y ocho lustros? Para hacer una consulta, hemos cogido el anuario de «Dulzuras», «Toros y Toreros en 1910», y con él en la mano, se nos ha ocurrido pasar la vista por el capítulo «Picadores y Banderilleros». ¿Qué ha sido de todos aquellos subalternos notables a quienes elogiaba el mencionado escritor? Casi todos han muerto; no llegan a media docena los supervivientes, los cuales están olvidados del «gobierno del mundo y sus monarquías», calentando el cuerpo achacoso al calor del sol, rodeados de las precauciones necesarias «para ir tirando» y haciendo, en fin, la vida a que la edad nos irá condenando a todos.

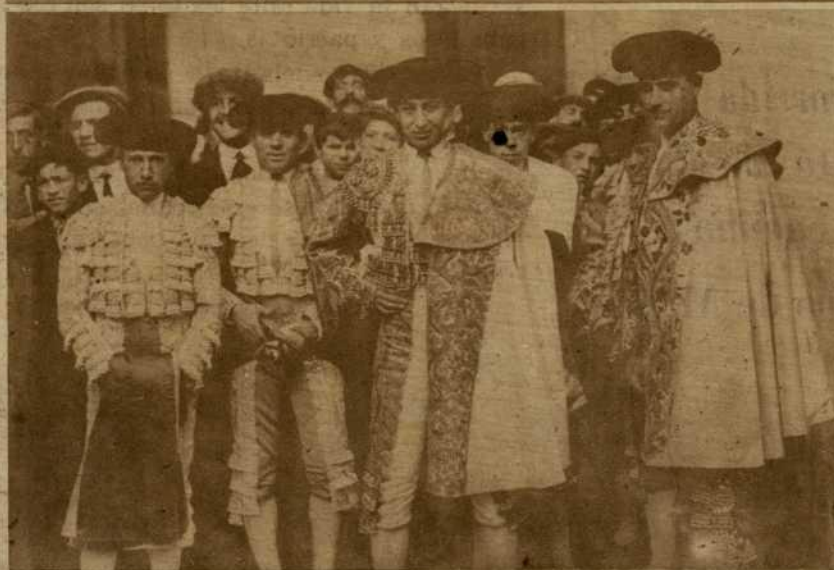
Uno de los que «Dulzuras» elogió en sus anuarios, uno de los que sobreviven, es José Balbastre, Pepín, el cual arrastra, garbosamente todavía, sus setenta y un años y es archivo viviente de tantas cosas como hizo y vió hacer en los ruedos; sus mejores tiempos fueron aquellos en que, con Aranguito y su paisano Morenito de Valencia (Emilio Moreno), perteneció a la cuadrilla de Vicente Pastor, cuando éste era primera figura, y ahora, claro, no puede evadirse de eso que llaman los jóvenes «mueca ridícula y sensiblera de melancolía romántica». Cuando lleguen a viejos, le darán otro nombre.

El veterano Pepín, o Pepín de Valencia, como se le designó en sus buenos tiempos para distinguirlo de los Pepines madrileños (de los Pepines, y no de los Pepín, como escribiría cualquier cursiparlante de esos que se empuñan en no pluralizar los apodos y dicen bárbaramente «los Gallos», «los Morenito», «los Bombita», etc.), nació en Caudete de Valencia el 6 de julio de 1875 y comenzó a torear, cuando era un mozalbete, en una cuadrilla de rapaces valencianos capitaneada por Salvador Aparici, hermano de los Fabrilos (los Fabrilos, los Fabrilos) y un Saleri de los muchos que han ostentado tal apodo.

Cayó en Barcelona, donde toreó mucho como banderillero y hasta como matador en algunas novilladas; cuando lo hacía como subalterno, distinguíase siempre por su eficaz intervención para librar a los compañeros que se veían en peligro; trasladóse a Madrid, donde trabajó frecuentemente, y al tomar la alternativa en el año 1895 el espada cordobés Conejito, ingresó en la cuadrilla de éste por recomendación de Guerrita, que sabía de las posibilidades de Pepín, por haberlo llevado algún tiempo en la suya como suplente, dicho sea en elogio de la ejecutoria torera de José Balbastre.

Después de ser subalterno de Conejito, sirvió a las órdenes de Rafael el Gallo, del Algabeño (padre) y de Regaterín; fué luego con Vicente Pastor seis temporadas, las del apogeo del diestro de Embajadores, y en los años 1913 y 1914 perteneció a la cuadrilla de Paco Madrid.

Pepín cruzó en varias ocasiones el Atlántico, pues fué a Méjico tres veces: una, con Rafael el Gallo; otra, con Relampaguito, y otra contratado por la Empresa para todas las corridas de la temporada;



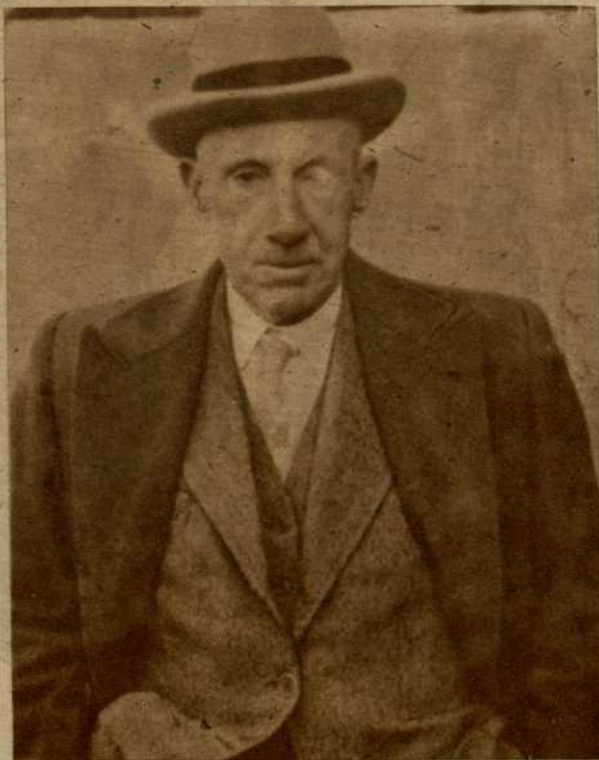
Año 1913. De izquierda a derecha, en primer término, aparecen Pepín de Valencia, Pinturas (padre), Josellito y Paco Madrid. Detrás de Josellito está Enrique Ortega, Cuco, padre de los Gallitos actuales

al Perú hizo un viaje con su paisano José Pascual Valenciano, y otro con Lagartijillo Chico; realizó una campaña en Venezuela con Chicuelo (padre) y otra en Montevideo con Antonio Fuentes, e igual allende el Océano que en España, Portugal y Francia ganó aplausos abundantes y obtuvo un crédito por muy pocos subalternos superado.

De joven, era una ardilla: estaba en todas partes y lo hacía todo, pues lo mismo banderilleaba al quiebro, que daba el cambio de rodillas o saltaba con la garrocha. Pepín, en suma, era lo que en Aragón llaman a un hombre dispuesto para cualquier oficio manual: «una estralica de mano».

Yendo con Vicente Pastor, sufrió el único percance de su vida torera. Fué en Zaragoza, el 15 de octubre de 1911, en la tercera corrida del Pilar, cuyo cartel lo componían el mencionado diestro madrileño y Cocherito de Bilbao y seis toros de don Félix Urcola. Alcanzado Pepín, al tomar las tablas, por el tercero de la tarde, sufrió la fractura de la tibia y el peroné y una herida de dos centímetros en la pierna derecha.

Aquel accidente mermó mucho sus facultades físicas, y, sin embargo, siguió poniendo banderillas



José Balbastre, Pepín, en la actualidad

veintitrés años más con su habitual estilo, o sea, dejando que se le arrancaran los toros con fuerza y yendo al encuentro de los mismos, procedimiento que muchas veces resultaba emocionante porque daba Pepín la impresión de no poder irse, o salir en falso, cuando aquéllos no se arrancaban francos al acudir al cite.

Claro es que tal modo de banderillear era de gran efecto y que Pepín cosechó muchas ovaciones con el mismo, y así se labró una reputación que le permitió figurar entre los mejores rehileteros de sus buenos tiempos.

A este propósito, recordamos una caricatura suya, hecha por Fresno y publicada en «Los Toros», un gran semanario editado en 1909 y 1910 por «Prensa Española», con una semblanza en verso que decía así:

«Es de cuerpo pequeñito,
pero tiene mucha ciencia
taurina este torerito
de Valencia.

Tiene piernas y gran vista;
en peligros no repara;
no hay fiera que le resista;
a todas llega a la cara,
y aunque no tiene gran tipo
y parece un seguidillas,
al más guapo quita el hipo
cuando pone banderillas.»

Desde que dejó de servir a Paco Madrid, y excepto algún tiempo que toreó con su paisano Isidoro Martí Flores, tiene su residencia en Barcelona, donde trabajó casi sin interrupción hasta el año 1934, a las órdenes de muchos matadores que sin cuadrilla completa, utilizaban sus valiosos servicios.

La hoja que de los mismos tiene Pepín es extensa y fecunda, y por la reputación que un día tuvo —justamente ganada—, merece que se le recuerde en estas páginas de EL RUEDO y que sepan de él los aficionados de la actual generación.

En clases pasivas, desde hace doce años, disfruta de una pensión de diez pesetas diarias que recibe del Montepío de Toreros, y es uno de los asesores en las Plazas de Toros de la Ciudad Condal.

Pocas son las corridas en las que, como obligado prólogo, no sostengamos una breve charla con el veterano José Balbastre: evocaciones, remembranzas, toreros que ya no existen, hazañas de otros días... «Toreando una vez con Fulano en tal parte...» «En cierta ocasión hizo Mengano con un galán de Miura esto, lo otro y lo de más allá». O bien: «Cuando Vicente Pastor cortó en Madrid la oreja al toro Carbonero...» Y recuerdos de Blanquito el Grande, de Patatero, Morenito de Valencia, el Barquero, Morenito (Enrique Alvarez), Camará (Ricardo Luque), Cantimplas y Pinturas (padres), Blanquet, Aranguito, Aguilita, Armillita (Matías Aznar), Veguita el Trallero y tantos otros como en su larga época descollaron como banderilleros y peones de brega, hasta llegar al gran Magritas y sin olvidar al inmenso Pala, el banderillero de más peso que hemos conocido, pues necesitaba «un kilómetro» de faja para rodear su cintura con varias vueltas.

—Las prendas más grandes del atavío de un torero —nos dice Pepín— eran entonces: la taleguilla de Pala, la montera de Alvaradito y las zapatillas de José María Calderón, el primer profeta del célebre Juan Belmonte.

Ni Baco ni Venus abrieron brechas en el organismo de Pepín; lleva sus setenta y un años irradiando todavía en su torno un aliento vivificador; menudo, pulcramente vestido, simpático, buen conversador y optimista siempre, parece como si ayudara a los que le escuchan a arrastrar la existencia con una gran potencia de voluntad.

Así da gusto llegar a viejo.

DON VENTURA

LOS TOREROS Y LAS COFRADIAS SEVILLANAS



«... este año estrena lágrimas de verdad la Macarena.»

LA Semana Santa de Sevilla no es solamente una proyección de lujo y de riqueza artística con que el pueblo expresa su fervor católico. Hay otro mundo recoleto, de exquisitas esencias, que el turista no ve; pero que el sevillano, sobre todo el «capillita», conoce perfectamente. ¿Cómo saber, por ejemplo, que para salir de nazareno en el Gran Poder vienen hermanos no sólo del resto de España, sino de América...?

Si nos limitamos al mundo de los toreros, hallaremos que los más destacados de la torería fueron y son hermanos de las Cofradías sevillanas. ¿Es raro ver en el cuarto del hotel del torero de fama, o del novillero, una imagen de éstas que Sevilla muestra al mundo en su prodigiosa Semana Santa?

En las listas de hermanos de las Cofradías de Sevilla hay muchos nombres de toreros. Todavía recordamos el cariño que sentía José por su Hermandad, la de la Virgen de la Esperanza. El año 1921, la Macarena llevaba en su paso, sobre el frontal, la vara con crespón de luto, de su devotísimo Joselito.

Hacia el Santísimo Cristo de la Expiración (vulgo «El Cachorro») y Nuestra Señora del Patrocinio, secular Cofradía trianera, se inclinó siempre la dinastía de los Belmonte. Puede decirse que Sevilla, tierra de toreros, tiene al mismo tiempo una topografía sentimental. Unas divisorias de estilos y de devociones, profundizadas por razones complejas y tradicionales. Así, por ejemplo, la Cofradía del Santísimo Cristo de la Salud y Nuestra Señora del Refugio (Parroquia de San Bernardo) tiene por hermano fervoroso y predilecto a Pepe Luis Vázquez, y es curioso que en estas inclinaciones cofradieras de los toreros hay siempre una correspondencia sutil, pero firme, pues hasta el estilo de Pepe Luis —brillante, alegre, luminoso y artístico— corresponde a las características externas de su Cofradía.

San Román comparte con el barrio de Triana el privilegio de la gitanería. En San Román —hasta que fué quemado por los rojos— estuvo el templo más... gitano de Sevilla. Tuvo que trasladarse el «Señó Manué» a Santa Catalina. Y allí está la simpatiquísima Cofradía de los gitanos —el Señor de la Salud y María Santísima de las Angustias—, a cuya Hermandad perteneció aquel Curro Puya inolvidable, y hoy prosiguen los hermanos del torero, Rafael y Vicente...

Por el barrio de la Feria, ¡quién no ama y respeta la bellísima cara de la Virgen del Rosario! Esta Cofradía también fué víctima de la vesania roja: quemaron el templo; pero se salvaron las imágenes. Se trata de una Hermandad fundada por los años de 1560, y la constituían en principio armadores y patronos de barcos. En sus listas de hoy, la Cofradía cuenta con un hermano de Méjico, Carlos Arruza. Y este hermano, que ha salido ya dos años como penitente —desnudos los pies, anónimo bajo el antifaz— en la Cofradía de Monte Sión, no solamente ha cumplido como devoto, sino que ayuda continuamente al brillo y esplendor de la Hermandad.

La Virgen de la Amargura —esa bellísima imagen que Luis Ortiz ha descrito como jamás se ha hecho— tiene también, entre la grey taurina, un hermano de calidad: Pepe Bienvenida. Torero grande, como es grande su Cofradía...

Y sería interminable la relación de toreros que se acogen a la disciplina de una Hermandad sevillana. Más de uno, que en tardes de gloria pasea su triunfo por los ruedos, pasa estos días por las calles sevillanas como un hermano más. Llevando los pies descalzos y la cara cubierta. Cifra ignorada en el número de penitentes. Con devoción y respeto, con humildad y recato, lo mismo en las filas interminables del Gran Poder que entre el mirífico esplendor popular y sevillanísimo de la Macarena...

JULIO ESTEFANIA

Directivos de «La Peña Taurina Gijonesa». De izquierda a derecha: don Pedro García del Rivero (tesorero), don Enrique Menéndez Morán (vocal), don José Rodríguez Suárez (secretario), don Atanasio G. Velarde de Escalera (vocal), don Ramón Fernández Martínez (vocal) y don José Restegui Ríos (presidente)



Aquí está el tendido número 4, donde se concibió la idea del Club, y que ahora aspiran a «abonar» para todos sus socios

PEÑAS TAURINAS DE ESPAÑA

Uno de los trajes que vistió MINUTO, figura en el Club Taurino que acaba de nacer en Gijón

«Velar por el prestigio de la fiesta y acotar todo el tendido 4 del Bibio», como aspiraciones más sentidas



Las primeras reliquias del Club se conservan en esa vitrina: un traje de Joselito, otro de Minuto y un tercero de Carnicerito de Méjico

EL buen aficionado gijonés está de enhorabuena. Si hasta ahora pudo gozar de los mejores carteles del norte de España, de aquí en adelante contará con un confortable Club. Porque en el corazón de la calle Corrida —que es el de Gijón— acaba de nacer la Peña Taurina Gijonesa con todo sabor.

Agradable su ambiente, hemos de apuntar y acusar una grata sorpresa y volver la vista un poco atrás —hacia Andalucía— para recordar uno que se le pareciera —sin tanta elegancia, claro está, y con menos estilización también, dentro de los gustos de entonces—: al Club Gallito, que en la carnicería del Conejo, en el mercado de la Libertad, de Cádiz, estuvo instalado, nos referimos.

Aquel, como su nombre indica, se centraba sobre la gran figura de Joselito. Este es más amplio y ambicioso, con ser ingente la sola mención del de Gelves. Porque, sin tomar «partido», laborará por el prestigio de la Fiesta, en su más amplio sentido, y tratará, como primera iniciativa, de «abonar todo el tendido número 4» para sus socios. El 4 —nos ha dicho su presidente, don José Restegui—, porque «es el más torero». Por lo menos, allí se cuajan las mejores faenas...

—¿Recuerda usted?...

Y recordamos, vaya si recordamos, tardes memorables de Pepe Luis, del Estudiante, Ortega, Domingüín, y una gitanísima de Albaicín, como más recientes. Luego, otras que fueron, mientras su vista va a la vitrina en que se conserva, como una reliquia, uno de los trajes que Enrique Vargas, Minuto, vistiera en la Plaza de Gijón. O a aquel otro de Carnicerito de Méjico, que sintetiza el valor; en tanto que más allá, saturándolo todo, aparece uno celeste, con bordados negros, que perteneció a Joselito...

No falta detalle. Y con ello, habremos dicho que el conjunto es evocador: atributos del más caprichoso gusto, curiosidades sugerentes de un arte

emotivo que tiene encaje en mil motivos gratos a la contemplación, con una instalación originalísima y cuidada, en la que no falta la profusión de nuestras grandes figuras ni el cartel inaugural de la Plaza gijonesa; estampas de EL RUEDO; cartas autógrafas de José María Cossío, Marcial Lalanda, K-Hito, Antonio Medio, etc., que pasan a ser socios de honor del Club. Y entre rejas de estilo sevillano, con olor de nardos y claveles, una reproducción exacta del tendido 4. Matiza y da carácter al conjunto su caprichoso alumbrado, sobre cornamentas de aquellos toros que mejor lidia hicieron en la Plaza de El Bibio.

Inaugurado el Club con la pompa clásica de todo lo taurino, tienen en él su tertulia cinco figuras harto simpáticas: Fernando de la Venta, actualmente asesor de la Plaza gijonesa; Blanquito, el novillero que probó «todas las suertes» en América —menos la de conseguir dinero—, y entregado hoy a su negocio de guarnicionería; El Barbián —¿quién no recuerda a este diestro indígena, cuya faena más sonada fué la de su ascensión en globo desde la Plaza de Toros en junio de 1906?—; Armando Durán, el Mejicano, y José Ramón Restegui, la «esperanza de La Guía», con sus quince años y mucha planta, porque apunta el toreo magníficamente. Y ponemos por testigo a cuantos lo han visto estirarse con la vaca Coleta en los prados eternamente verdes de Somio. El chaval, preparándose para la carrera de Medicina —porque todo es compatible—, lo tenemos ya camino de Palencia y Salamanca, donde se entrenará antes de hacer su presentación aquí. Lo que, dicho sea de paso —hijo de prestigiosa y distinguida familia—, «se espera con verdadero interés».

Motivo de legítimo orgullo para los gijoneses, el Club, diariamente, es muy visitado. Y a la par nuestra, tres guapísimas chicas se extasían en la con-

templación de cuanto encierra. Parán, naturalmente, su atención en las reliquias que se guardan en la vitrina de vestidos de torear. Y el pintor Agudín —que tanto ha contribuido a la decoración—, ameno y con «mucho saber de estas cosas», les ofrece prolijas explicaciones.

—Esto debe de costar mucho sostenerlo—ha dicho una de ellas. Y nosotros vamos a seguir el diálogo breve.

—Verán ustedes; así, así —y tras el expresivo gesto—; el local nos ha sido cedido por el dueño del Imperial.

—No obstante...

—No hay apuros. Somos ya doscientos los socios. Y llegaremos al número preciso para cubrir este tendido.

Y las «llevan» al 4, reproducido en uno de los ángulos del espacioso local, sobre cuya barrera aparecen primorosos capotes de paseo, y dándoles «sabor», una estatuilla, en la que el ingenio de un artista local caricaturiza admirablemente a Manolete.

Una figura simpática, donde todo atrae tanto, es la de su conserje, Manolo Beltrán, nacido en el mismísimo barrio de la Macarena, de Sevilla, a dos pasos de la casa del torero de sus sinsabores: el malogrado Ignacio Sánchez Mejías.

Poco más puede decirse del Club que acaba de nacer en el corazón de la calle Corrida, con ambiciones tan estimables y con propósitos tan decididos para velar por el prestigio de la Fiesta. Su primer paso está dado, gracias al entusiasmo de un buen puñado de aficionados. El próximo llenará otro anhelo de quienes tanto sienten las «cosas del toro»: un curso de conferencias a cargo de los más prestigiosos críticos y escritores.

Y por delante, don José María Cossío, al que estos días se invitará.

ANTONIO O. SANCHEZ

(Reportaje gráfico: Vega.)

POR ESPAÑA Y AMERICA

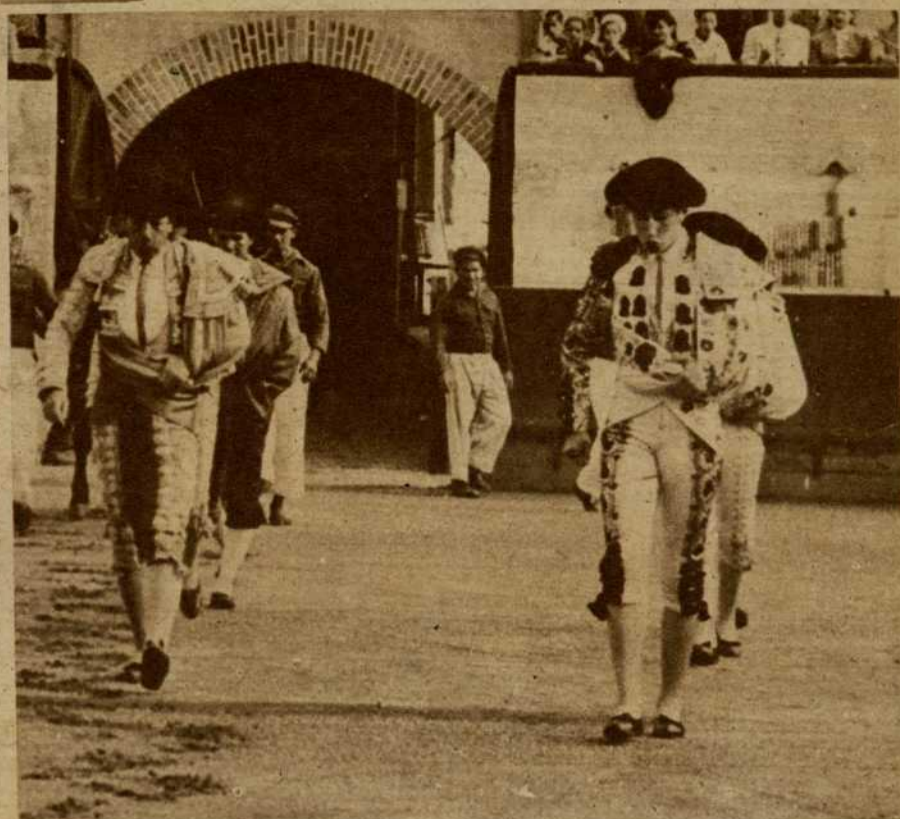
Regresan de Méjico Domingo Ortega y Parrao.—Crave cogida de Juan Bienvenida y triunfo de Antonio Caro en Barcelona.—Machaquito sigue cortando orejas en Venezuela.—Nuevo gerente de la Monumental de Méjico

Han llegado a Madrid los matadores de toros Domingo Ortega y Pablo González, Parrao. Ortega manifestó que venía contento de su campaña en América; que se recluirá en el campo durante una temporada, y que no sabe aún si toreará o no. Parrao, que tomó la alternativa en tierras mejicanas, viene muy animado y piensa confirmarla pronto.

— En Bogotá, con media entrada, se celebró la primera corrida de la temporada grande. Luis Procuna, Fermín Rivera y el español Alvarez Pelayo lidiaron tres toros de la ganadería mejicana de La Punta y otros tres de la vacada colombiana de Venecia. El ganado, en conjunto, bueno. Luis Procuna dió con el capote preciosos lances a su primero. Hizo faena variadísima y muy valiente, y aunque dió cuatro pinchazos y una estocada, su labor con la muleta había sido tan buena, que se le concedió la oreja. Su segundo estaba quedado, pero Procuna le hizo embestir. Cuajó una faena que entusiasmó a los espectadores. Al rematar un muletazo fué cogido y salió con la taleguilla destrozada, y un rasguño en un muslo. No quiso retirarse a la enfermería y mató de media buena. Se le concedieron las dos orejas y el rabo y pasó a la enfermería. Fermín Rivera estuvo valiente y artista en su primero, del que cortó la oreja. En su segundo se lució con las banderillas. Hizo una buena faena de muleta y mató bien. Despachó el sexto por cogida de Alvarez Pelayo. El español Alvarez Pelayo estuvo muy valiente en su primero y se lució con la muleta. Mató de tres pinchazos y media estocada. Dió la vuelta al ruedo. El empresario, Antonio Reyes, hace gestiones para que el próximo domingo vuelva a torear Luis Procuna.

— En Barcelona, en la Plaza de Las Arenas, se lidiaron cinco novillos de don José de la Cova y uno (el segundo) de Alicia Cobaleda. Alternaron Antonio Caro, Juan Bienvenida y Chaves Flores, que hacía su presentación. Hubo buena entrada. Al primero, tras mucho porfiar, logró darle buenos lances Caro. Con la muleta dió dos pases ayudados por alto, tres naturales y el de pecho. Más naturales y nueva faena para media alta. (Aplausos.)

Un padre y un hijo, matadores de toros ambos y ambos llamados Cayetano —Niño de la Palma—, hacen juntos el paseo en la Plaza de Bogotá, donde llevan toreadas varias corridas con gran éxito



Al cuarto le hizo muy valiente faena, y después de sujetar al bicho, dió pases de todas las marcas. Un pinchazo y una entera. (Ovación y salida.) Al quinto le hizo faena por naturales, de pecho, muletinas, molinetes, afarolados y de rodillas. Se adornó, y en la faena intercaló algunos desplantes que fueron aplaudidos. Un pinchazo, una estocada y el descabello al primer intento. (Ovación, oreja y dos vueltas al ruedo.) Juan Bienvenida veroniqueó con mucho temple al segundo. Clavó tres pares y medio, y por ello fué ovacionado. Brindó al público, y tras unos pases de tanteo, toreó superiormente por naturales y de pecho. Prosigue la faena derrachando temple, y es cogido. En malas condiciones físicas sigue toreando muy valiente, a pesar de que se aprecia claramente que la cogida ha tenido importancia. Mata de cuatro pinchazos, media estocada y el descabello. (Ovación y petición de oreja. Pasa a la enfermería.) Chaves Flores aguantó mucho en los lances de capa que dió al tercero. Con la muleta dió tres ayudados por alto y una serie de derechazos. Siguió muy confiado, y mató de cuatro pinchazos y media estocada. (Palmas.) Al sexto lo toreó muy valiente con el capote. Con la muleta toreó por alto, naturales y derechazos. Sufrió un revolcón, sin consecuencias. Mató de una entera y el descabello al segundo intento. Parte facultativo: «Juanito Bienvenida sufre una cornada que le produce una herida incisa, contusa, de diez centímetros de extensión, en la región inguinal derecha, despegando el tejido subcutáneo y aponeurosis abdominal en toda la exten-

sión de la fosa iliaca del mismo lado. Pronóstica grave.» Pasó a la clínica del doctor Olivé Gumá. La primera noche la pasó bastante tranquilo. A su lado se encuentra su padre.

— En Castellón fracasó el rejoneador Humberto Marín, que se retiró del ruedo sin haber logrado tocar al becerro con rejonos ni banderillas. Acabó con el astado, con muchas dificultades, Rafael Vega. Amadeo Monleón fué ovacionado en sus dos novillos. José Alegre cortó cuatro orejas y un rabo y salió en hombros. Las reses fueron de Villarroel.

— En Madrid se suspendió el domingo la novillada a causa del mal tiempo, y se volvió a suspender el Día de la Victoria. Tampoco se celebró la novillada que se había anunciado en Bilbao. La autoridad gubernativa de esta última capital impuso una multa de 500 pesetas a la Empresa por infracción del artículo 56 del Reglamento taurino, y una de 250 pesetas a cada uno de los matadores anunciados, por infracción del artículo 98 del citado Reglamento.

— El pasado domingo se trasladaron de Madrid a Córdoba los matadores de toros Carlos Arruza, Citavillo de Triana y Rafaelillo; el ganadero Felipe Bartolomé y el apoderado Andrés Gago. Se entrevistaron con Manolete, y con él salieron para Sevilla. Intervendrán en una tiente que se celebrará en una finca del señor Bartolomé.

— En La Victoria (Venezuela) se lidiaron novillos de Ríos. Machaquito, que estuvo muy valiente en los tres novillos, cortó la oreja en el primero y en el tercero. El venezolano Eduardo Antich fué aplaudido en el segundo y en el sexto, y cortó la oreja en el cuarto.

— Ha tomado posesión de la Gerencia de la Empresa de la Plaza de Méjico don Tomás Vallés. El señor Vallés fué ganadero en Chisma, tesorero del Gobierno del Estado de Chihuahua y tesorero de los Ferrocarriles Nacionales de Méjico.

— El pasado domingo actuó por segunda vez en la Plaza de Lima el novillero negro Rafael Santa Cruz, que volvió a entusiasmar a los espectadores. Realizó dos magníficas faenas, y con el estoque no estuvo afortunado.

— En Bilbao se celebró el martes la novillada que había sido suspendida el domingo. Se lidiaron reses de Villamarta. Pedro Robredo estuvo bien en sus dos novillos. Manolo Navarro estuvo bien en el segundo y cumplió en el quinto. Francisco Muñoz dió la vuelta al ruedo en el tercero y cortó las dos orejas del sexto.

BLENOCOL

Protege al hombre

BLENOCOL
es un producto registrado;
rechace todo profiláctico
que no lleve la marca
BLENOCOL



LOS TOROS EN EL EXTRANJERO

Lo que fue la temporada anterior en las Plazas de Colombia



Un aspecto de la Plaza de Cartagena, con cabida para 6.000 espectadores

La Plaza de «La Macarena», de Medellín, durante un festival



Un torero bogotano, El Bizco, se luce ante sus palisanos en la Plaza de Santamaría

COLOMBIA, país de la América del Sur, con 10.000.000 de habitantes y 1.139.000 kilómetros cuadrados de extensión, tiene grandes ciudades de nutrida población, que han sabido conservar con amor y devoción las tradiciones que le legara la Madre España. Y a la cabeza de éstas, la Fiesta brava. Desde la colonia hasta nuestros días, se han venido celebrando corridas de toros, y por los ruedos de Bogotá, Medellín y Cartagena han desfilado los mejores toreros de España y Méjico.

Las ganaderías

Cuenta el país con tres ganaderías de pura casta, de procedencia Santa Coloma: Mondoñedo, de don José de Santamaría; Clara Sierra y Vista Hermosa, de don Francisco García. Y, además, en clima cálido, otra vacada pura de la casta de Salas y Sotoma-

yor, de los señores Vélez Pombo. Ganaderías de media casta hay las siguientes: Pepe Estela, en el Valle; Benjamín Rocha, en el Tolima; César Marulanda, en Caldas; Santiago Dávila, en Bogotá; Carlos Villaveces, en el Tolima, y González Piedrahita, en Cali. Todas, a excepción de esta última, que se ha fundado con vacas de San Mateo, proceden de la ganadería de Mondoñedo o de Vista Hermosa.

La temporada de 1946

En el año de 1946, Colombia ha gozado de las mejores temporadas de toros. Manolete, Arruza, Silverio Pérez, Estudianté, Gitanillo y otros ases nos visitaron.

En Medellín (Antioquia)

En Medellín, la segunda ciudad de Colombia, con su nueva Plaza de Toros «La Macarena», se han celebrado bastantes corridas de gran categoría. Actuaron allí: Estudiante, en una, resultando herido. Manolete, en una; Arruza, en tres; Gitanillo, en dos; Montani, en dos; Antonio Velázquez, mejicano, en una. También El Soldado, Alvarez Pelayo, Gabriel Alonso, Terremoto, El Bizco, Arañgo, Quinito II (becerrista), Aranguito (becerrista) y muchos otros novilleros colombianos y de Venezuela.

En Cartagena (Bolívar)

En este gran puerto sobre el Caribe, con una Plaza para 10.000 espectadores, no ha habido sino unas pocas corridas con Rovira, El Sargento y Terremoto. Más tarde estuvo Antonio Velazques y Guerrita. Se corrieron toros de «Aguas Vivas».

En Barranquilla (Atlántico)

La ciudad «del caimán», tercera de Colombia, puerto marítimo y fluvial, con nueva Plaza de Toros, también vió actuar a Chalmeta, El Diamante, Pelayo, Alonso, Claverías y otros novilleros.

En Cali (Valle del Cauca)

Esta ciudad colombiana, una de las más progresistas y cosmopolitas, comunicada al puerto de Buenaventura, sobre el Pacífico, por carretera y ferrocarril, y que es un aeropuerto internacional además, también gozó de la Fiesta brava en la corrida de la Prensa con Chalmeta y El Diamante, y toros de Pepe Estela.

En Manizales (Caldas)

La próspera ciudad del Quindío, en plena cordillera de los Andes, con una catedral

gótica de estilo europeo, fuera de otras varias, tuvo una buena corrida a beneficio de la Prensa. Igual en Tunja, Bucaramanga, Cúcuta, Neiva, Ibagué y Pasto, que son las restantes capitales de los departamentos, se efectuaron en el año animadas becerradas.

Este ha sido, pues, a grandes rasgos, el año taurino de Colombia. El actual está desarrollándose con éxito.

Datos finales

Durante el año de 1946 se editaron varias publicaciones taurinas de bastante éxito: «Gestas de Sangre y de Sol», de Alberto Mogollón; «Diccionario Taurino» y varios números de la revista «Bogotá Taurino», bajo la dirección de don Jorge Jiménez.

Es de anotarse que la Prensa diaria y semanal consagra bastante espacio a los asuntos de toros, y algunos diarios, como «El Liberal» y «El Espectador» de Bogotá; «El Diario», de Medellín, y «La Patria», de Manizales, tienen páginas enteras semanales dedicadas a la Fiesta española. La crítica está ejercida por los revisteros: Hernando Santos (Rehilete), en «El Tiempo»; Pepe Vallsera, en «El Siglo»; Guillermo Cano, en «El Espectador»; Manuel Piquero, en «El Liberal»; Siro de Retana, en «La Razón», todos diarios de Bogotá. En Medellín: Joaquín S. de Irazábal, en «El Colombiano»; Yepes, en «El Diario», y Gabriel Castro, en «El Correo». Rodil, en «La Patria», de Manizales, y Jorge Hernández Posada y Bepelín, en los diarios de Cartagena; en Cali, Fernández de Soto, Castoreño, en «El Diario del Pacífico».

El empresario de más envergadura ha sido Antonio Reyes, Nacional, domiciliado en Bogotá. También han figurado Rafael Pérez, Fernando Silva, Pedrotta I, Rozo y don Hernando Bernal, quien contrató al finalizar el año a Conchita Cintrón.

MANUEL PIQUERO

(Bogotá, año 47)

NUESTRA CONTRAPORTADA

Salvador Almela Navarro



El 29 de diciembre de 1881 nació en Artana (Castellón) Salvador Almela. Hijo de familia acomodada, recibió una esmerada educación. Terminada la Primera Enseñanza, cursó el Bachillerato con aprovechamiento y luego hizo el curso preparatorio de la Facultad de Derecho, de Madrid. No siguió sus estudios y se hizo primeramente luchador de lucha libre y luego boxeador. Cuando

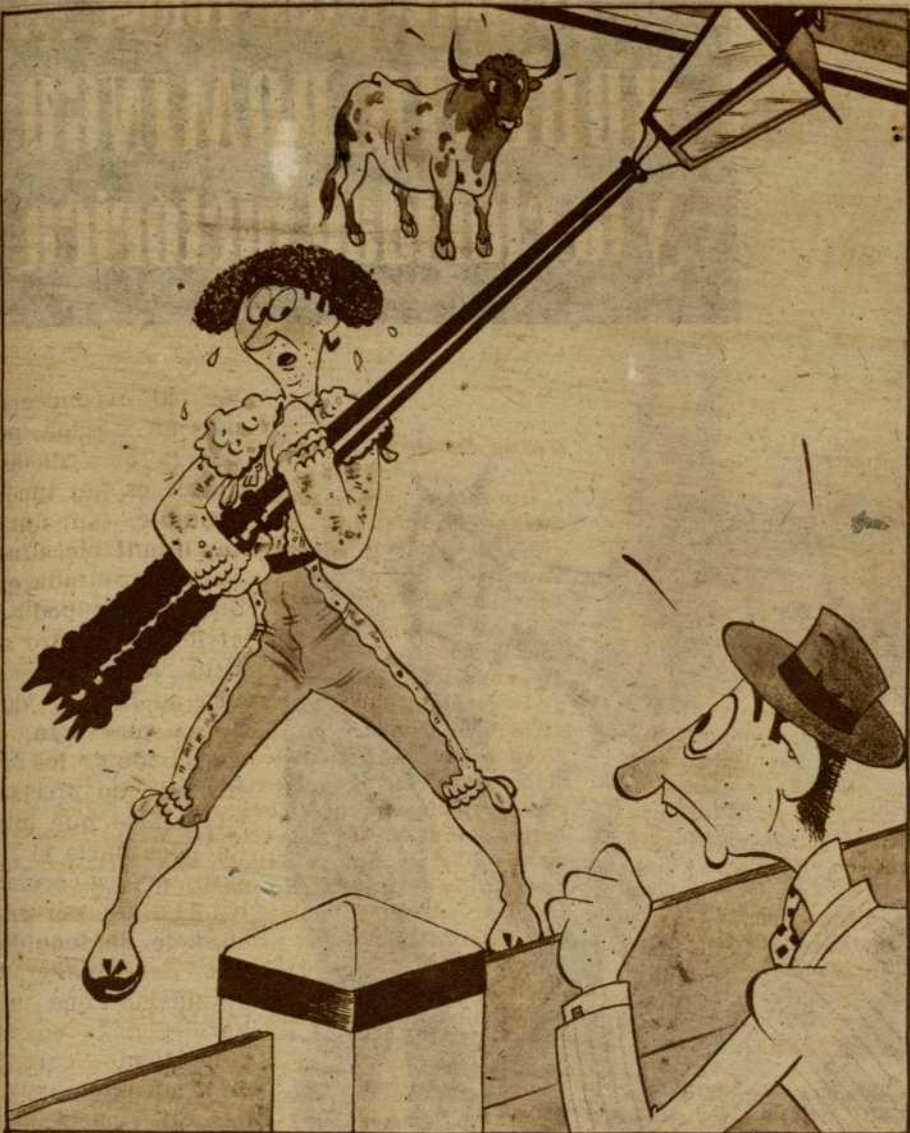
había adquirido nombre en ambos deportes, sintió afición al toro, y sin grandes dificultades, se hizo picador. Actuó a las órdenes del novillero Eusebio Fuentes, y pronto, a las de los matadores de toros Alcalaño, Martín Vázquez, Fortuna y, en muchas corridas, agregado a la cuadrilla de Joselito, en 1919. Perteneció durante cuatro años a la cuadrilla de Rafael el Gallo, y a sus órdenes actuaba cuando en 1924 se retiró del toro. Dedicóse entonces a actividades comerciales, y cuando sus negocios llevaban próspera marcha, cambió de actividades y se dedicó a dar clases de gimnasia y al arbitraje deportivo.

Fue un buen picador, aunque no era buen caballista y no anduviese sobrado de valor.



Un rincón de la «Peña Taurina de Bogotá». Los ganaderos Dávila y Rocha, el empresario señor Antonio Reyes Nacional, el revistero M. Piquero y otros taurófalos, charlan sobre el tema inagotable de toros y toreros

CUATRO REFritos DE TOROS, por TILU



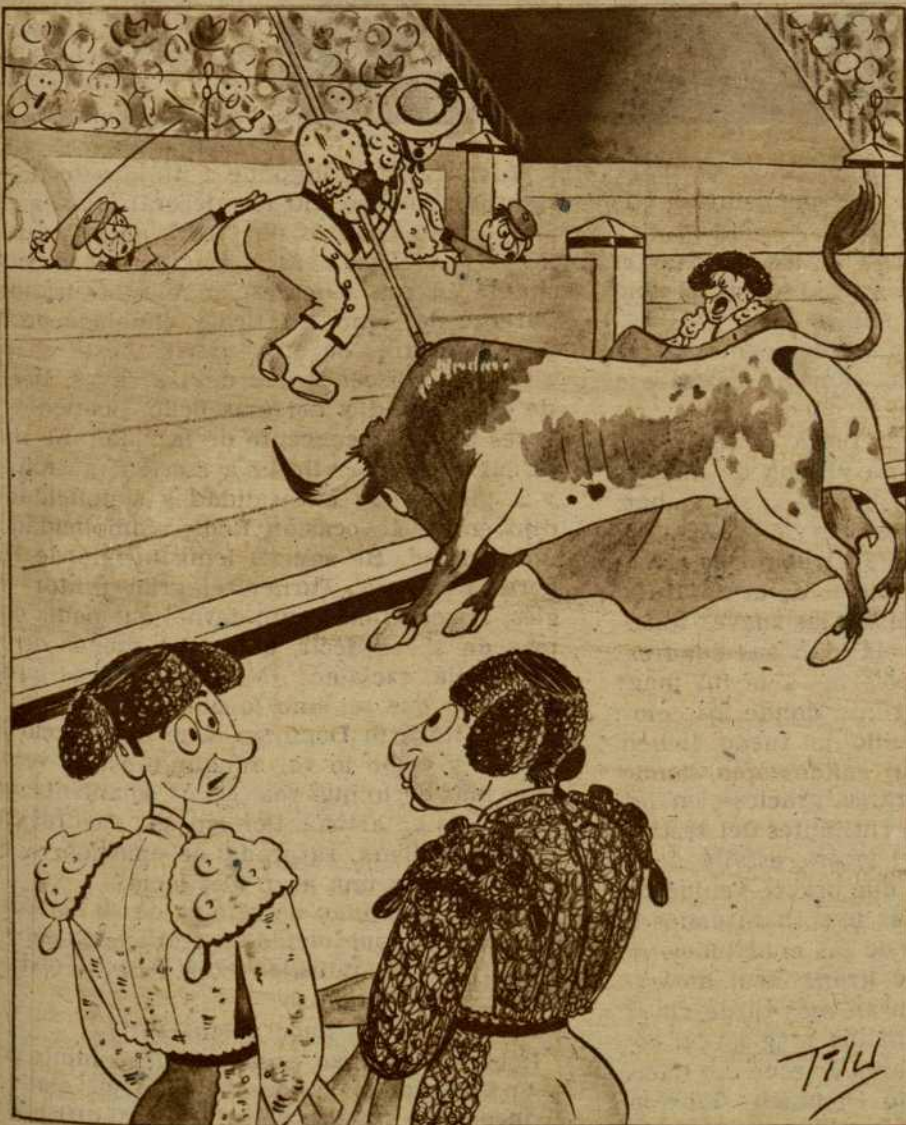
NOVEL

—Pero, hombre, usted me dijo que en cuanto saliera el «bicho» metiese un faro!!



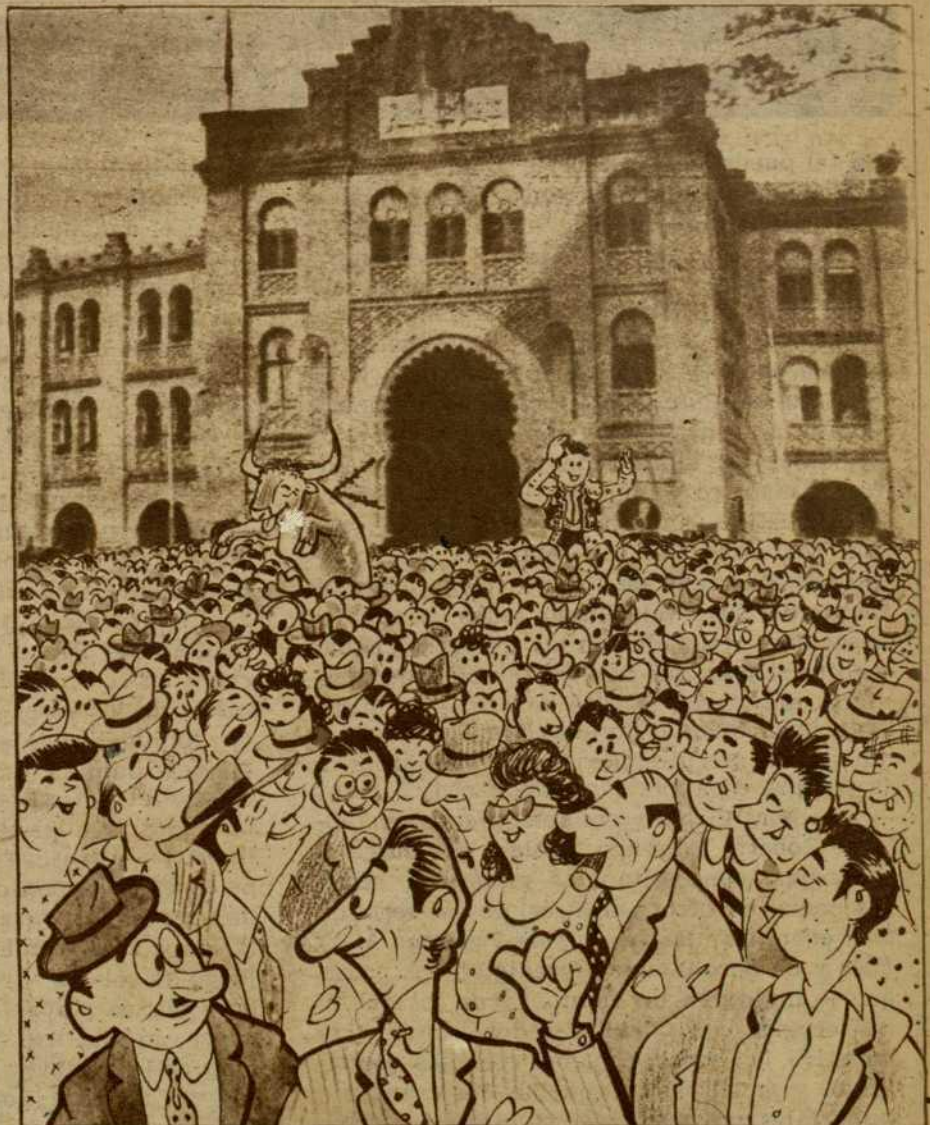
EN CASA DEL ESPADA

—Sí, se equivocaron al disecharlo...



SOLUCION

—Claro, como el toro anterior acabó con todos los caballos, no ha habido otro remedio que picar así.

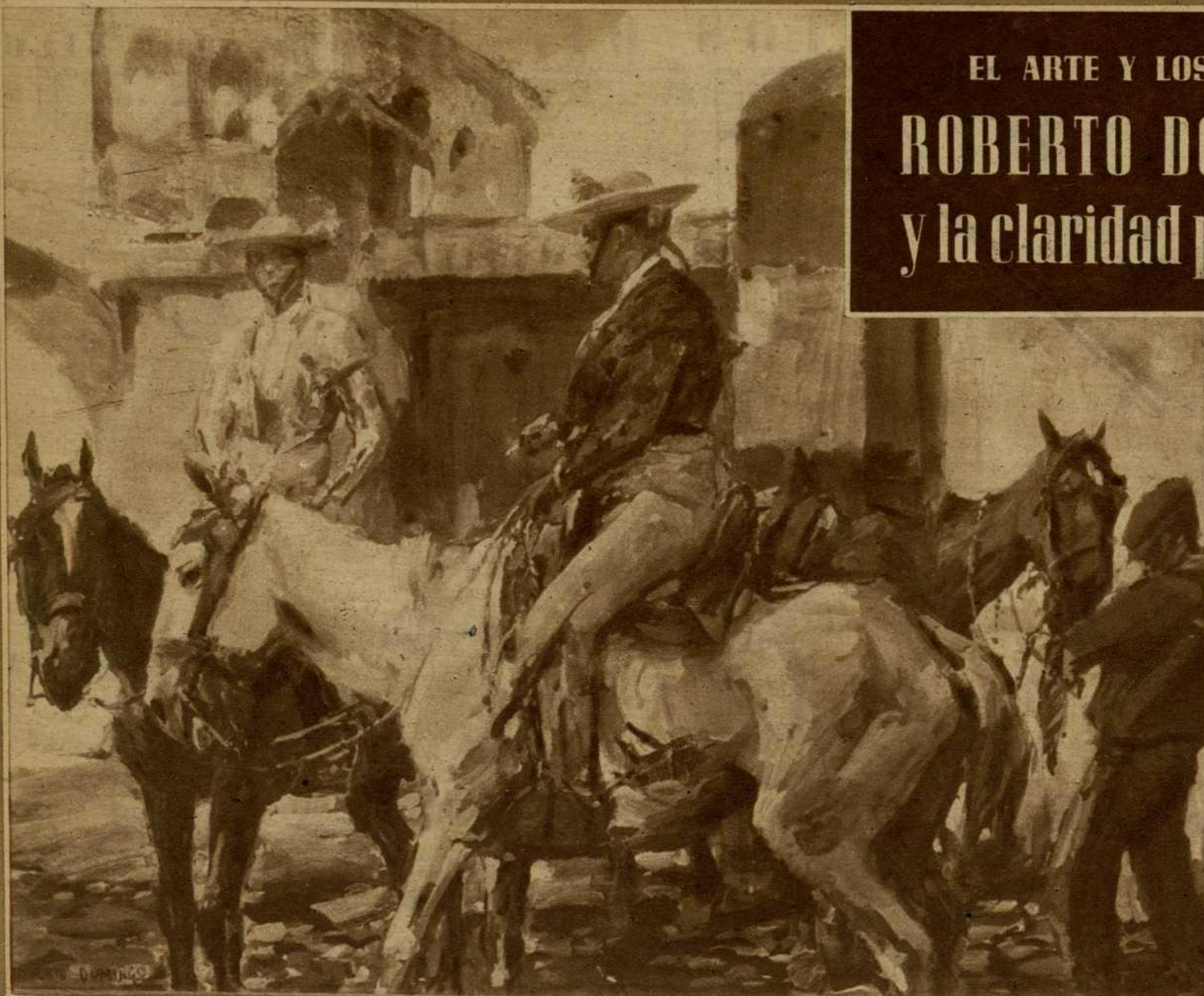


¡BRAVA PELEA!

—¡Caramba, es que justo es reconocer que si el torero ha quedado bien, el toro ha estado extraordinario!

EL ARTE Y LOS TOROS

ROBERTO DOMINGO y la claridad pictórica



«Sentenciados», cuadro de Roberto Domingo, de fuerte y briosa pincelada, lleno de una honda y humana filosofía
(De la col. de don Rafael Esnagué)

ma lo reconoceríamos en seguida, porque la obra de este pintor es tan inconfundible, tan única, tan inimitable, a fuerza de ser imitada, que difícilmente podría atribuirse a otro artista. Es característica su recia y vigorosa pincelada, lo inacabado de los trazos, que no precisan en el arte que mire un poco hacia el futuro, que se oriente hacia un porvenir cuajado de inquietudes, del amanerado detallismo que nos hará pensar en un cromatismo carente de la emoción artística. En Roberto Domingo se mantiene viva, despierta, esa expectante curiosidad de una renovación que se va consolidando y poniéndose a tono con la marcha del tiempo.

NO puede negar Roberto Domingo su ascendencia mediterránea. Su circunstancial nacimiento en París no ha logrado debilitar, afortunadamente, lo más mínimo el claro, limpio y luminoso concepto que del color tiene este artista, esencialmente taurómico. Hay en su obra, neta y racialmente española, todo el resumen enfervorizado y caliente de su indesviable inclinación temperamental a la más pura y opulenta visión de la deslumbrante luminosidad solar. No en balde fué el maestro y guía de sus nativas aficiones artísticas su propio padre, aquel gran don Francisco Domingo Marqués, que recogió entusiasmado de nuestro cielo, especialmente del suyo valenciano, todas las limpias irisaciones reflejadas en las tranquilas aguas mediterráneas, que habían, también, de prestigiar más tarde el arte de otro gran discípulo suyo, Joaquín Sorolla, llamado a ocupar un puesto preeminente en la vanguardia de la pintura española contemporánea. Por eso, si a la obra global y eminentemente española de Roberto Domingo, hubiera que buscarle analogías, concomitancias pictóricas, reminiscencias de otros maestros, no nos sería difícil encontrar las huellas de Domingo Marqués y de Sorolla, que precedieron sus pasos, que le indicaron un camino, y de los que él ha recogido con fidelidad y devoto amor admirativo las más acabadas esencias espirituales y pictóricas de aquellos dos grandes e inmortales artistas. Y así, su pincelada firme y segura va y viene entre estos dos puntos cardinales, norte y sur, de su pintura, que al fin y al cabo termina por orientarse hacia el

mediodía, recogiendo y asimilando los mejores matices luminicos y esplendentes, que eran el denominador común, el «leit-motiv» artístico y concepcionista de los que fueron sus queridos maestros, y de los que recibió las más cariñosas enseñanzas.

¿Qué cielo se divisa y qué luz penetra tras los cristales del Estudio, camarín de trabajo de Roberto Domingo?

Dijérase más bien que pinta al aire libre, frente al sol que ilumina y llena de limpias claridades matutinas el lienzo. Y, sin embargo, Roberto Domingo no sale de su Estudio. Hace tiempo que olvidó su trabajo de cabalette frente al paisaje abierto de la naturaleza. Pero es que la luz, el sol, las suaves tonalidades que llenan de claridad sus cuadros, están en sus pupilas, abiertas a la luz magnífica de los cosas taurinos, donde los colores fundidos cabe el anillo del ruedo, tienen el juego lumínico de un calidoscopio, donde el rayo de sol, al quebrarse, gracioso, en los bordados y en las sedas rutilantes del vestido llamativo y fastuoso del torero, estalla, rompe en el brillo cegador, que parece venido de una piedra preciosa. Sus ojos, habituados a la luz y al movimiento de las multitudes, al juego de colores —verde, grana, azul, amarillo y blanco plata— cuajan más tarde en el lienzo, en una transmutación mágica del color y de los hechizos solares. Porque eso hace, esa virtud tiene Roberto Domingo: Trae la luz a su Estudio, para luego difundirla, prodigo y anhelante, en el lienzo.

Henos hoy frente a un cuadro casi inédito de Roberto Domingo. Aunque no tuviera fir-

Toda su obra responde a un aliento de juventud. Por eso, no envejecerán nunca. No hay en sus cuadros un efectismo premeditado. Son, francamente, sencillos, y precisamente en esa sencillez, en esa naturalidad carente del tono enfático y engolado de no pocas pinturas de otros artistas, está el mérito y la trascendencia de las suyas, llenas de humanidad y del más bello, poético y a veces filosófico concepto de la vida. «Lo más difícil de todo, es llegar a escribir, a dibujar y a pintar con naturalidad y simplicidad», dijo en cierta ocasión Rodín. Simplicidad y naturalidad. He aquí el lema íntimo de Roberto Domingo. Turner, el gran pintor inglés, al recriminarle un devoto que podía dar más de sí, es decir, que daba menos de lo que podía, exclamó: «Mi misión no es la de pintar lo que sé, sino lo que veo». Y eso le pasa a Roberto Domingo. Que pinta todo lo que ve y como lo ve, aunque muchas veces sepa más de lo que vea. No es solamente un pintor: es un artista. Por eso, sus cuadros, su obra, está llena, saturada de emoción, a la que sabe unir una gran elegancia.

Roberto Domingo no sale ya de su Estudio. Hace tiempo que olvidó su trabajo de cabalette frente al paisaje abierto de la Naturaleza.

Pero a él no le hace mucha falta...

Roberto Domingo posee el juego lumínico y mágico de un calidoscopio. Mejor dicho: el juego más mágico de colores los aprisiona el gran Roberto Domingo muy dentro de su alma...

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS



Otra locura suya —de Martincho— en la Plaza de Zaragoza. (De «La Tauromaquia», de Goya)

(Foto Sánchez de Palacios)



Toreros célebres: Salvador Almela